



CRÓNICAS de la
BIFURCACIÓN.
Boletín del LET

número 3 - septiembre - diciembre 2022

El Laboratorio de estudios sobre empresas transnacionales (LET, <http://let.iiec.unam.mx/>) forma parte del Observatorio latinoamericano de geopolítica (OLAG, <http://geopolitica.iiec.unam.mx/>), tiene su sede en el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, y en él participamos:

Raúl Ornelas, IIEC
Ana Esther Ceceña, IIEC
Daniel Inclán, IIEC
Sandy E. Ramírez, PPELA-UNAM
Cristóbal Reyes, ESE-IPN

Becarios y becarios:

Vania Álvarez
Josué G. Veiga
Yamilet Morales
Lorena Sánchez

Servicio social:

Samuel Carmona
Amelia Galdámez
Eric Hernández
Alan Macías
Alejandro Martínez
Patricia Sánchez
Oscar Sánchez
Alexis Sotelo

Diseño de la portada: Victoria Jiménez

Crónicas de la Bifurcación. Boletín del LET, año 1, número 3, septiembre-diciembre de 2022, es una publicación cuatrimestral editada por la Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México, a través del Instituto de Investigaciones Económicas, Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad de la Investigación en Humanidades, Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México, Teléfono (55) 5622-7250 extensión 42470, www.iiec.unam.mx, let@iiec.unam.mx. Editor responsable: Raúl Ornelas Bernal. Certificado de reserva de derechos al uso exclusivo núm. 04-2021-011910342300-102. ISSN en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsables de la última actualización de este número: Raúl Ornelas y Sandy Ramírez, Instituto de Investigaciones Económicas, Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad de la Investigación en Humanidades, Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510. Fecha de última modificación: 27 de febrero de 2023.

El contenido de los artículos es responsabilidad de los autores y no refleja el punto de vista de los árbitros, del editor o de la UNAM. Se autoriza la reproducción total o parcial de los textos aquí publicados siempre y cuando se cite la fuente completa.

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	3
BIFURCACIÓN Y COLAPSO DEL CAPITALISMO	
Escenarios del capitalismo en el horizonte 2030-2050	6
Pueblos y movimientos en el torbellino sistémico <i>Raúl Zibechi</i>	8
Los límites y los alcances de las subjetividades emergentes en el ocaso capitalista <i>Raúl Ornelas y Daniel Inclán</i>	28
El misterio de economía. O como se pierde la normalidad capitalista en Argentina <i>Daniel Inclán</i>	41
FRONTERAS DEL CAPITAL	
Inteligencia artificial y acumulación en el capitalismo contemporáneo <i>Cristóbal Reyes</i>	59
EN SÍNTESIS	
<i>Amelia Galdámez</i>	87

PRESENTACIÓN

El año 2022 estuvo marcado por la intensificación de las catástrofes ambientales, en particular el ciclo destructivo de las olas de calor, megaincendios, tormentas y megainundaciones. De Pakistán a la costa Oeste de Estados Unidos, prácticamente el conjunto de países experimentó diversos fenómenos climáticos extremos. La situación ambiental coexiste con la profunda crisis en las relaciones internacionales derivada de la invasión rusa a Ucrania. La creciente participación de las potencias occidentales, en particular Alemania, Reino Unido y Estados Unidos, incrementa las posibilidades de que el conflicto se generalice, por lo menos en escala europea. La imagen de tanques fabricados en Alemania combatiendo al ejército ruso apunta en esa dirección. El liderazgo ruso evocó el recurso a las armas nucleares como respuesta a un “riesgo existencial”; y aunque diversos funcionarios desmienten tal posibilidad, su sola mención muestra los posibles efectos de cascada de un conflicto que cumplirá un año y no presenta siquiera atisbos de que pueda concluir en el corto plazo.

En este marco de grandes catástrofes ecológicas y conflictos sociopolíticos en todos los órdenes del sistema-mundo, destacan dos reacciones gubernamentales que intentan abrir camino a soluciones de continuidad para la acumulación de capital y el liderazgo global en manos de Estados Unidos y sus principales aliados. La más importante de ellas es el conjunto de políticas adoptadas por la presidencia y el congreso de Estados Unidos. Tras un largo periodo de estancamiento, la casta política logró acuerdos que dotan de ingentes recursos a las políticas de reconstrucción y remediación ambiental en ese país. Con todos sus límites, la adopción de estas medidas indica

que al menos una fracción del liderazgo estadounidense asume que los problemas actuales planetarios exigen una acción decidida por parte de los poderes públicos. Por otro lado, en Australia, el gobierno laborista encabezado por Anthony Albanese, electo en mayo de 2022, asumió el poder con una agenda que también propone abordar los problemas ambientales, cuyo eje es el estímulo de las energías renovables.

¿Estos cambios significan que los liderazgos de las potencias, principales destructoras del ambiente, están operando un giro radical que cambia el rumbo del sistema-mundo? Definitivamente no, puesto que las medidas adoptadas no reducen lo suficiente las emisiones contaminantes para alcanzar las metas del Acuerdo de París –hasta ahora, el único instrumento multinacional que marca los escenarios mínimos para evitar la catástrofe ambiental sistémica–. No obstante, las políticas adoptadas en estos dos países constituyen un contrapunto al consenso liberal que pregona soluciones de mercado (por ejemplo, bonos de carbono) y soluciones tecnológicas (fortalecimiento de la geoingeniería), como principales recursos ante el desastre ambiental.

El tercer número de nuestra revista aporta reflexiones sobre el colapso del sistema capitalista y acerca de una de sus principales apuestas tecnológicas.

Iniciamos la publicación de contribuciones de pensadorxs y académic@s a quienes hemos pedido reflexiones sobre los escenarios sistémicos para el horizonte 2030-2050. La primera de ellas es de Raúl Zibechi quien propone una lectura de la bifurcación sistémica desde los movimientos sociales. Tomando como punto de partida la incertidumbre que caracteriza el periodo actual, presenta las búsquedas de “movimientos de los pueblos originarios, negros y de las periferias urbanas”, que construyen formas de vida alternativas. Acompañamos su texto con algunos comentarios que prolongan el análisis del papel de los movimientos anti-sistémicos en la trayectoria del capitalismo.

A partir de la dislocación económica acelerada en Argentina, Daniel Inclán

aborda las relaciones directas, y poco exploradas, entre el colapso y la vida cotidiana, mostrando que la desarticulación del capitalismo rompe también las bases de la reproducción social e individual; proceso que, en este caso, adopta la forma de crecientes dificultades para el acceso al consumo, incluso en sus dimensiones más básicas.

En otra perspectiva, el artículo de Cristóbal Reyes describe las principales líneas de desarrollo de la inteligencia artificial, una de las grandes apuestas tecnológicas para relanzar la acumulación de capital. Su análisis muestra que la dinamización del sistema será muy limitada, debido a la adopción polarizada de esta tecnología en manos de las grandes corporaciones.

En Síntesis, elaborado por Amelia Galdámez, está dedicada al tema de la destrucción del ambiente, presentando algunas de las lecturas transdisciplinarias sobre las que nuestro equipo de investigación trabajó durante 2022.

Invitamos a que otr@s colegas y jóvenes investigadorxs se incorporen a este espacio y a que nuestr@s lectorxs dialoguen con los textos y l@s autorxs que acá presentamos. Nuestro correo electrónico: let@iiec.unam.mx.

Todas las investigaciones fueron realizadas gracias al apoyo del Programa UNAM-DGAPA-PAPIIT IN-303721.

Número disponible para su descarga en: <http://let.iiec.unam.mx/node/4545>.

BIFURCACIÓN Y COLAPSO DEL CAPITALISMO

Reflexiones sobre la trayectoria del sistema capitalista, su inminente bifurcación y los escenarios de futuro que enfrentan y construyen nuestras sociedades.

Escenarios del capitalismo en el horizonte 2030-2050

Una de las afirmaciones más relevantes que Immanuel Wallerstein hizo sobre la trayectoria del capitalismo es que nuestra época, la época de la bifurcación sistémica, está caracterizada por una incertidumbre radical, en la medida en que los fundamentos del capitalismo se dislocan y el sistema-mundo vive oscilaciones y quiebres cada vez más frecuentes e intensos.

La crítica social y las humanidades, en particular los estudios históricos, son reticentes a la formulación de prospectivas; incluso se usan términos peyorativos para descalificarlas como ejercicios de futurología. Como resultado del fortalecimiento de los ejercicios multi y transdisciplinarios dicha precaución pierde fuerza, de modo que la construcción de escenarios deviene una práctica común, no solo en instancias corporativas y gubernamentales, sino también en la academia. Uno de los principales aportes en esta perspectiva son los estudios de Grupo intergubernamental de expertos sobre el cambio climático que muestran los futuros posibles para las próximas décadas, fundados en las principales tendencias de la destrucción ambiental y las acciones y políticas propuestas para combatirla.

Conforme la disipación de las regularidades sistémicas se amplifica y los llamados desequilibrios devienen catástrofes reiteradas, la hipótesis de la bifurcación del sistema-mundo parece confirmarse, y frente a ello, aparece la necesidad de determinar con mayor precisión los escenarios más plausibles para el futuro de corto y mediano

plazo, así como las condiciones que los sustentan. Pensamos que mediante este tipo de análisis es posible reducir la incertidumbre que caracteriza a la bifurcación.

Por ello, invitamos a colegas de diversos horizontes a formular reflexiones sobre los escenarios del capitalismo en el horizonte 2030-2050, a partir de dos preguntas que dan un eje común a este ejercicio: ¿cuál es la perspectiva más probable para el sistema capitalista en los próximos 30 años? y ¿cuáles son los macro-procesos principales de ese escenario?

En este número publicamos la primera de estas contribuciones, autoría de Raúl Zibechi, quien destaca las acciones colectivas en América Latina que están buscando alternativas a la civilización capitalista. Acompañamos su texto con comentarios sobre cuestiones que consideramos relevantes para profundizar el debate acerca del papel de los movimientos anti-sistémicos en la bifurcación sistémica.

De este modo, buscamos contribuir a las tareas propuestas por Wallerstein, que en *Análisis de sistemas-mundo* señaló:

El periodo de transición de un sistema a otro es un periodo de grandes luchas, de gran incertidumbre, y de grandes cuestionamientos sobre las estructuras del saber. Necesitamos primero que todo intentar comprender claramente qué es lo que está sucediendo. Necesitamos después decidir en qué dirección queremos que se mueva el mundo. Y debemos finalmente resolver cómo actuaremos en el presente de modo que las cosas se muevan en el sentido que preferimos [...] Las tareas ante nosotros son excepcionalmente difíciles. Pero nos ofrecen, individual y colectivamente, la posibilidad de la creación, o al menos de contribuir a la creación de algo que pueda satisfacer más plenamente nuestras posibilidades colectivas.

Pueblos y movimientos en el torbellino sistémico

Raúl Zibechi *

*Estamos navegando por mares
de los que no hay mapas.*

IMMANUEL WALLERSTEIN

Una de las características de la transición sistémica en curso es la dificultad para encontrar brújulas que puedan orientarnos colectivamente en medio de las turbulencias dominantes. Desde una mirada anclada en los movimientos sociales latinoamericanos y, particularmente, en los pueblos en movimiento (pueblos originarios, negros y mestizos, campesinos y periferias urbanas), sería necesario reconocer que no contamos con rumbos ciertos, por lo inédito de esta transición y porque los puntos de referencia anteriores (estados-nación, partidos de izquierda y aún los propios movimientos) muestran signos claros de agotamiento.

Como señaló reiteradamente Immanuel Wallerstein, en *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*, el período comprendido entre 1990 y 2025/2050 será de poca paz, poca estabilidad y poca legitimación. Pese a haber sido escrito en 1994, el citado trabajo tiene rigurosa actualidad. Sostiene que los períodos en los cuales una potencia se considera hegemónica son fugaces: Estados Unidos lo consiguió durante 25 años en la segunda mitad del siglo XX. En aquellos años, empero, consideraba que sólo Japón y Unión Europea estaban en condiciones de heredar la hegemonía estadounidense ya en declive. El abrupto cambio en el escenario geopolítico que supuso el rápido ascenso de China, sólo visible luego de la crisis financiera y bancaria de 2008, desenajó a todos los actores, y muy en particular a la mayor potencia.

* Pensador y periodista uruguayo.

A partir de estas constataciones, bastante generales y no definitivas, Wallerstein destaca ocho diferencias notables en comparación con el período de los treinta gloriosos años de prosperidad global (1945/1968). La primera es que ya no existe un mundo unipolar sino bipolar; la segunda es la concentración de las inversiones en unos pocos países. En el período de la hegemonía estadounidense el Sur se benefició de la expansión de la economía-mundo, “al menos de sus migajas”, pero en adelante recibe casi nada. La tercera diferencia es la demografía, que se resume en una masiva migración del Sur al Norte, con la posibilidad de que los migrantes de origen “sureño” alcancen a ser la mitad de la población de Estados Unidos y Europa occidental. La cuarta es el empobrecimiento de las capas medias que fueron “un pilar importante para la estabilidad de los sistemas políticos”, cuyos niveles de vida serán erosionados por la inflación y el deterioro de los servicios públicos.

La quinta diferencia radica en los límites ecológicos del crecimiento económico, lo que puede conducir al “aborto de la expansión, con el consiguiente colapso político del sistema-mundo”. La sexta consiste en la dificultad de la economía capitalista para expandirse a nuevas zonas geográficas, lo que redundará en una caída de la tasa de ganancia y la acumulación de capital. La séptima es la incapacidad de ocupar (política y económicamente) al creciente contingente de cuadros del Sur, que antes estuvieron dedicados a la lucha por la descolonización, situación por la que pasan los millones que no puedan emigrar al Norte.

Por último, establece Wallerstein que la “más seria diferencia entre la última fase A de Kondratieff y la próxima es puramente política: el ascenso de la democratización y el declive del liberalismo”, proyecto político e ideológico inventado para contener a las clases peligrosas. Cerrados los caminos ascendentes para las mayorías pobres (pero cada vez más educadas del Sur), limitado el reformismo con base estatal, el

resultado es que “las clases peligrosas vuelven a serlo”. La tendencia al caos sistémico se incrementará por estos motivos, lo que conducirá a “la ampliación de las fluctuaciones en el sistema, con efecto acumulativo”.

Sin embargo, pese a lo acertado de su diagnóstico creo que el sociólogo estadounidense no contempló suficientemente el peso del racismo y del machismo en esta transición. En efecto, no estamos ante una transición hegemónica más, como suelen sugerir tanto Wallerstein como Giovanni Arrighi y Beverly Silver en su monumental trabajo sobre cinco siglos de transiciones hegemónicas en *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*. Es la primera vez que asistimos al ascenso de Asia Pacífico, o sea, de otras culturas y cosmovisiones, de otra civilización y de otro color de piel ¿Podrán las élites occidentales aceptar ser sobrepasadas por naciones que antes fueron dominadas por ellas, como parte de las guerras de conquista en las que cobró forma el capitalismo? Considero que la unidad que están soldando las clases dominantes europeas y estadounidenses tiene mucha relación con el neo-colonialismo y el racismo que ordenan sus mundos, con una clara conciencia de sus privilegios de clase fundados en el color de piel, lo que Aníbal Quijano denominó “colonialidad del poder”.

Del mismo modo, podemos decir que los movimientos anti-patriarcales están generando un doble fenómeno contradictorio, típico de los períodos de crisis civilizatoria y de bifurcaciones sistémicas: la crisis del patriarcado afecta no sólo a las estructuras tradicionales (como las iglesias), sino también a las izquierdas y a los movimientos, ya que amplias capas de la población rechazan sumarse a partidos y organizaciones formateadas en torno a caudillismos o, simplemente, participar en estructuras verticales. Pero, en paralelo, asistimos a una reacción brutal que propone una reconfiguración extrema del patriarcado; proceso visible en la militarización de

nuestras sociedades, en el ascenso de las extremas derechas y, sobre todo, en la paramilitarización propiciada por el narcotráfico y las nuevas economías ilegales que, en su conjunto, encarnan un neo-patriarcado, más jerárquico y brutal, modelado por la violencia dura y pura.

Si colocamos el foco en los modos como se organizan y en las prácticas de estos grupos, podemos observar una disposición sumamente jerárquica, la consolidación de formas mucho más verticales que las del patriarcado en crisis, sin siquiera reglas que permitan regular los estilos autoritarios de los jefes narcos y paramilitares. Hemos asumido, como pensadores críticos y aliados del feminismo, que la crisis del patriarcado es un proceso casi lineal que llevaría a su desaparición, sin considerar que siempre hay resistencias y represalias o venganzas. Este modo simplista de pensar también nos afecta cuando abordamos el colonialismo y el racismo, así como la crisis del capitalismo y del sistema-mundo.

Lo cierto es que las clases dominantes aprendieron a ensuciar el juego, enturbiar las aguas para seguir siendo dominantes. Toda una panoplia de políticas —que van desde la cooptación de los movimientos hasta la creación de movimientos falsos copiados de los reales, incluyendo revoluciones de colores y la supuesta defensa de las diversidades sexuales y de colores de piel—, están siendo puestas al servicio de la dominación. Podemos intuir, sin datos fehacientes, que el apoyo real del Pentágono a las mafias narco-paramilitares es el modo de fomentar un nuevo patriarcado, mientras ofrecen en paralelo altos cargos a generales mujeres, como sucede con la jefatura del Comando Sur.

La tercera cuestión es que no estamos sólo ante una transición sistémica sino también ante una crisis civilizatoria, ante la crisis de la civilización moderna/occidental/capitalista/colonial/patriarcal. Sin embargo, surgen preguntas para las

que no tenemos respuestas sencillas: el colapso del que tanto hablamos ¿es un colapso civilizatorio o sistémico? ¿o ambos, interrelacionados? Lo que podemos intuir, porque reitero que no tenemos ante nosotros brújulas orientadoras, es que, al estar inmersos en las crisis, al formar parte de ellas, nuestra claridad analítica sufre de falta de distancia y de precedentes históricos; sin embargo, podemos tomar la actividad de los movimientos anti-sistémicos como inspiración y referencia.

La principal diferencia con transiciones anteriores, creo que es la que señalan Arrighi y Silver, en el sentido de que “en las anteriores crisis hegemónicas la intensificación de la rivalidad entre las grandes potencias precedió y configuró de arriba abajo la intensificación del conflicto social”. Por el contrario, en la crisis de la hegemonía estadounidense el conflicto social precedió y configuró enteramente la rivalidad entre potencias. Aseguran que estamos ante una aceleración de la historia social en cuanto a las relaciones entre conflicto social y competencia interempresarial: “mientras que en las anteriores crisis hegemónicas el primero siguió la pauta marcada por la intensificación de la segunda, en la crisis hegemónica estadounidense una oleada de militancia obrera precedió a la crisis del fordismo y la configuró”.

Lo que están diciendo es que las clases peligrosas, los pueblos originarios y negros, los campesinos y los habitantes de las periferias urbanas, se han convertido en un factor estructural por primera vez en la historia de capitalismo, siendo por tanto un elemento clave en la evolución de su crisis. Esta diferencia con las transiciones anteriores resulta a la vez esperanzadora y aterradora.

La esperanza consiste en que ahora el futuro será delineado en gran medida por las y los de abajo; que ya no serán sólo pueblos que acompañan a los de arriba, como sucedió durante las guerras de independencia latinoamericanas. En ese período, los

pueblos originarios y negros lucharon junto a los criollos contra el colonialismo español, pero una vez que éstos consiguieron sus objetivos y se hicieron con el poder, fundaron estados neocoloniales y se lanzaron contra los mismos pueblos que habían dado sus vidas en las grandes batallas por las independencias.

Es un futuro amenazante, porque las clases dominantes del Norte y del Sur trabajan unidas para mantener sus privilegios, con plena conciencia de que la potencia de los pueblos puede crearles graves problemas de gobernabilidad y, de modo muy particular, puede afectar la legitimidad de su dominación. La ferocidad que las élites están mostrando en todo el mundo, la indiferencia con la que asisten a las violencias que sufren los pueblos, son señales de alerta en el sentido de no repetir situaciones como las guerras centroamericanas que se saldaron con genocidios, de modo muy particular en Guatemala.

Intensificación del militarismo y de la acumulación por desposesión

Antes que se complete la transición hacia la hegemonía asiática, asistiremos a un período más caótico aún, con la proliferación de guerras interestatales pero a su vez con la intensificación de la rapiña o acumulación por desposesión. La tónica de los próximos años no puede ser otra que el crecimiento de la inestabilidad y de los cambios repentinos en las alianzas internacionales.

A escala global los cambios geopolíticos enseñan el predominio de virajes rápidos e impredecibles, en particular desde que comenzó la invasión de Ucrania por Rusia. Según el Laboratorio de Anticipación Política, un *think tank* europeo con sede en Francia, “el corazón del poder mundial sigue desplazándose de Occidente a Oriente”. El Boletín número 170 de dicho Laboratorio destaca la inversión de roles entre las dos principales potencias, al asegurar que “resulta sorprendente comprobar

que China despliega una política digna de Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial y su Plan Marshall, mientras que Estados Unidos se apropia de la estrategia de Deng Xiaoping de apertura y desarrollo de China en los años setenta”.

Los cambios en las alianzas son por el momento el aspecto más significativo de la inestabilidad en las relaciones internacionales. Uno de los hechos más notables, junto a la pérdida de autonomía estratégica de Europa, por su sumisión a Washington, es el viraje experimentado por Arabia Saudí. Aunque comenzó mucho antes, la visita de Xi Jinping a Riad, en diciembre de 2022, selló la alianza sino-saudí. Además, el presidente chino participó en la Cumbre del consejo de cooperación del Golfo (CCG), como parte de una amplia cumbre China-Estados Árabes. Según el análisis del influyente *Asia Times*, “la lujosa recepción de Riad para Xi contrastó con la recepción más silenciosa del presidente Biden”.

Debemos recordar, apoyándonos en el tiempo largo, que desde la reunión a bordo del crucero Quincy entre Franklin Roosevelt y el rey Saud, el 14 de febrero de 1945 a su regreso de la Conferencia de Yalta, Estados Unidos tuvo un acceso preferencial –tanto en cantidad como en precio– a las mayores reservas petroleras del mundo, lo que contribuyó a cimentar su hegemonía económica, ya que ningún país del mundo podía obtener tales ventajas. De ese modo, Estados Unidos obtuvo la concesión para operar en 1.5 millones de kilómetros cuadrados de suelo saudí, país que se benefició también del paraguas de seguridad que le otorgaba la superpotencia. Con razón, *The New York Times* publicó: “sólo los enormes yacimientos de petróleo de Arabia Saudita hacen a ese país más importante para la diplomacia estadounidense que cualquier otra nación”.

En los últimos años las cosas han cambiado radicalmente. Alrededor de 78% de las exportaciones de crudo saudí se dirigieron a Asia en 2021, al igual que casi todas

las exportaciones de crudo de Kuwait y los Emiratos Árabes Unidos. China absorbe una cuarta parte de las exportaciones de crudo saudita y la mitad del crudo de Oriente Medio. En contraste, desde 2012 Estados Unidos recibió solo 5% del crudo saudí. Así como Beijing depende de la energía del Golfo Pérsico, Irak y Arabia Saudí se han convertido en dos de sus socios energéticos más importantes en la Iniciativa de la franja y la ruta de China.

Además de la economía, la política de Washington enerva al mundo árabe, receloso por el apoyo que dio a la Primavera árabe y sus políticas que consideran erráticas. Para la monarquía saudí será difícil olvidar la burla de Biden durante la campaña presidencial, cuando prometió convertir al régimen saudí en un “paria” por el asesinato del periodista Jamal Khashoggi; palabras que deben haber causado un duro impacto en el príncipe heredero Mohammed bin Salman.

El analista David Goldman de *Asia Times*, sostiene que “sin atribuir ninguna intención geopolítica a Beijing, los hechos visibles dejan claro que China tiene la capacidad de ejercer una influencia estratégica en Oriente Medio, y tiene un interés inequívoco en mantener la estabilidad”. En efecto, para muchos países el atractivo de China radica en su apoyo a las inversiones en infraestructura, que empatan con la propuesta de largo plazo de la Visión Saudita 2030 del príncipe heredero; mientras que Estados Unidos “está demasiado centrado en asegurar sus intereses en la región y no tiene ganas de invertir, construir o desarrollar”, según un análisis editorial del *South China Morning Post*.

Durante la visita del presidente chino se firmaron acuerdos de desarrollo por 30 mil millones de dólares. China apoya la construcción de un enorme centro de fabricación en King Salman Energy Park, que implicará la presencia continua de un número significativo de personal chino en Arabia Saudí; no solo aquellos directamente

relacionados con las actividades petroquímicas y de hidrocarburos, sino también “un pequeño ejército de personal de seguridad para garantizar la seguridad de las inversiones de China,” sostiene *World Energy Trade*.

Mientras el Dragón impulsa un tránsito pacífico de la hegemonía estadounidense hacia la china, que activa la multipolaridad como eje de las nuevas relaciones internacionales, la política de Washington aparece demasiado centrada en las guerras que proyecta el Pentágono para sostener la primacía de la superpotencia. En el mismo sentido, aunque empuñando otras armas, actúan las corporaciones transnacionales del Norte al afianzar el modelo extractivista que reduce a las naciones del Sur a la condición de exportadoras de *commodities* con bajo valor agregado, lo que supone la reproducción de los modos coloniales que tanto rechazo provocaron en el Tercer mundo.

En la escala local, esto se traduce en la depredación del ambiente y la completa destrucción de la soberanía y la autonomía alimentaria de los pueblos por la intensificación del modelo, que es la manera como se presenta la “cuarta guerra mundial”, como la denominan los zapatistas, en los territorios habitados por campesinos, pueblos originarios y negros.

El caso de Brasil es elocuente. En casi medio siglo, entre 1974 y 2020, los datos oficiales sostienen que el área sembrada con soja creció 623%, en tanto la de arroz disminuyó 64% y la de frijol un 37%, siendo éstos los alimentos que consume el pueblo brasileño. La diferencia principal es cualitativa: el agronegocio exportador siembra soja, mientras el arroz y el frijol van destinados al mercado interno y son cultivados por campesinos y pequeños y medianos agricultores. En 2020, casi la mitad de todo el crédito destinado a cultivos en Brasil fue a parar a los sojeros, en tanto el arroz recibió sólo 2.9% del crédito del sector y el frijol 1%. El informe de *Otras Palabras* concluye: “parte considerable del uso agrícola del territorio brasileño acaba

siendo controlado por grandes productores y especuladores, cuyo objetivo consiste en producir *commodities* agrícolas para la exportación”.

Esta realidad genera un desorden en la producción de alimentos que perjudica a los sectores populares, por su impacto negativo en la alimentación. Las investigaciones realizadas en los municipios con elevada producción de soja revelan que en ellos “se registra un crecimiento de las desigualdades socioespaciales, ya que las ganancias generadas por las *commodities* quedan concentradas en pocos y su destino se encuentra fuera de la región, a menudo en otros países”.

Mientras 70% de la producción de soja es exportada, en el país permanecen la devastación ambiental, la crisis alimentaria y el desempleo. Brasil es el mayor productor y exportador mundial de granos, que son utilizados para la producción de ración animal, pero es a la vez el campeón mundial de la desigualdad, que es el reverso de la moneda de la hegemonía del agronegocio. Sin embargo, con diferencias de matices sobre el tipo de *commodities* que se exportan, ésta es la realidad que sufren casi todos los países latinoamericanos.

Sobrevivir el naufragio, transformándonos y transformando

A las “clases peligrosas” organizadas en movimientos anti-sistémicos se les presentan desafíos inéditos, consecuencia de situaciones nunca antes vividas en las luchas de clases, feministas y populares del mundo. No pueden contar con libreto ni brújula, ya que la cultura política labrada a lo largo de su historia –digamos desde la revolución francesa– no es suficiente para abordar las crisis sistémica y la civilizatoria que se superponen y entrelazan.

Es la experiencia acumulada en dos siglos de movimientos obreros, de izquierdas y de movimientos nacionalistas lo que la nueva realidad pone en cuestión. Se trataba

de un tipo de formas de acción centradas en la demanda y la presión hacia el estado, en la conquista del poder estatal por la vía insurreccional o la electoral, lo que ha sido neutralizado en este período, en el cual el 1% ha conseguido secuestrar y blindar el sistema político y las instituciones estatales, convirtiéndolos en escudos de sus intereses. Pero, además y principalmente, entró en crisis un modo de organización jerarquizado y centralizado en el cual las decisiones se toman en las cúpulas –integradas en general por cuadros profesionales, de clases medias y altas, y varones blancos universitarios–, modo que facilita la cooptación de los dirigentes que más les convengan a las élites.

Aunque ignoro las realidades del Sur global, en América Latina, desde la revolución mundial de 1968, el conflicto social comienza a apuntar en otras direcciones. Los movimientos de los pueblos originarios, negros y de las periferias urbanas ganan protagonismo en la mayoría de los países, al punto que dirigen las principales resistencias al neoliberalismo extractivista. La revuelta venezolana de 1989, el *Caracazo*, fue un parteaguas en toda la región, seguida por el protagonismo piquetero (trabajadores desocupados) en la crisis de 2001 en Argentina, por las guerras del agua y del gas en Bolivia (2000, 2003 y 2005), y de masivos levantamientos en Ecuador, Paraguay, Perú, Argentina y Bolivia, con la potencia suficiente como para destituir una decena larga de gobiernos neoliberales.

En todas estas revueltas/rebeliones/levantamientos, el protagonismo de las organizaciones de la vieja política estadocéntrica (sindicatos y partidos de izquierda) fue marginal, cuando no estuvieron totalmente ausentes. Fue cobrando forma, al calor de estos protagonismos, un patrón de acción colectiva menos centralizado, a veces sin convocatoria explícita, con participantes dispersos en una infinidad de colectivos

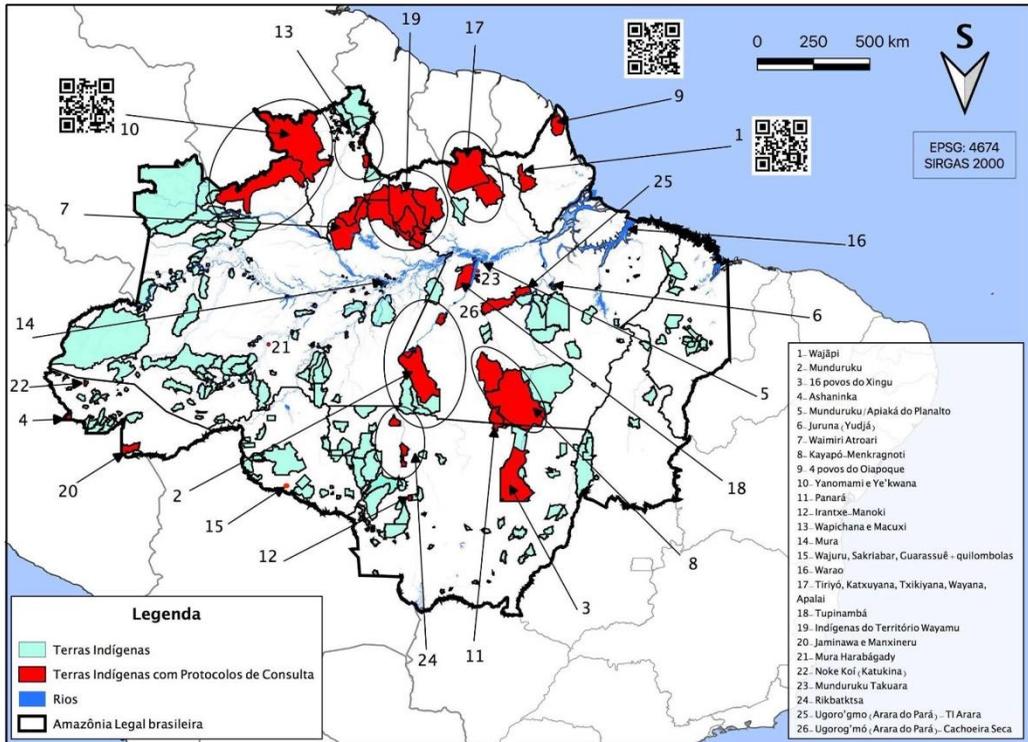
territoriales de base, minúsculos en ocasiones, pero con enorme capacidad de movilización en red cuando se producen situaciones de crisis profundas.

Las corrientes que se orientan hacia la autonomía no dejan de expandirse desde los años noventa del siglo XX, cuando podemos situar su nacimiento al calor del alzamiento zapatista de 1994. Esta expansión no deriva de premisas ideológicas, ni siquiera de la simpatía con el zapatismo, sino en gran medida por haber experimentado los límites de los estados-nación a la hora de defender los derechos de los pueblos. Aún necesitamos trazar la cartografía continental de las autonomías en marcha, destacando su implantación territorial pero también sus diferencias, que no son menores.

Un trabajo en esta dirección es el realizado por el geógrafo brasileño Fabio Alkmín, que consistió en relevar los protocolos de demarcación autónomos de tierras indígenas en la Amazonía Legal, ya que los gobiernos demoran mucho tiempo en realizarlas o simplemente no lo hacen, como obliga la Constitución. Un primer relevamiento, realizado en 2019, identificó 14 protocolos de demarcación. Tres años después, encontró un total de 26 protocolos, que abarcaban 64 pueblos indígenas diferentes y 48 territorios distintos. Contienen dos características comunes: 1) el modo como los pueblos buscan protegerse frente a la expansión de la minería y de las grandes obras de infraestructura, principalmente las usinas hidroeléctricas; 2) para la implementación de la demarcación de sus tierras, los pueblos crean guardias indígenas, una institución no formal de autodefensa con la que cuentan muchos pueblos que habitan América Latina.

El siguiente mapa puede dar una idea de la magnitud de los estos territorios en proceso de demarcación autónoma.

MAPA 1. Amazonia legal y tierras indígenas con protocolos autónomos de consulta, septiembre de 2022



Notas: Localización de las tierras indígenas que cuentan con protocolos autónomos de consulta. Los códigos QR dan acceso a las videgrabaciones en las que las comunidades y organizaciones explican, con sus propias palabras, la importancia de estas construcciones para su autonomía y defensa territorial.

Fuente: Observatório de protocolos de consulta; Fundação Nacional do Índio e Instituto Socioambiental. Compilación de datos y elaboración: Fábio Alkim.

Contamos además con dos Gobiernos territoriales autónomos de la Nación Wampis y de la Nación Awajún en el norte del Perú, el primero creado en 2015 por más de sesenta comunidades y el segundo nacido en 2021. Habría que sumar la amplia construcción de autonomías territoriales por nueve pueblos del Cauca colombiano

(nasa, misak, kokonuko, yanacona, inga, esperara, pubenense, guambiano y totoró), cuyas realizaciones en el plano de la salud, la educación, la producción y la justicia propias, se distribuyen en medio millón de hectáreas, donde funcionan 115 cabildos que son modos de gobierno propio. En 2000 comenzó su andadura la Guardia indígena como modo de autodefensa ante las fuerzas estatales, paramilitares, narcotraficantes y guerrillas; proceso que desde 2015 siguen los pueblos negros y campesinos, creando la Guardia cimarrona y la Guardia campesina.

Podría seguir mencionando los casos mapuche, tanto en el sur de Chile, donde han realizado 500 tomas de tierras desde el comienzo de la pandemia, como en Argentina; además del pueblo-nación aymara y algunos pueblos de tierras bajas en Bolivia, e infinidad de comunidades mayas en Guatemala. En otros países, como Argentina, Ecuador y varios de los mencionados, podemos detectar experiencias de autonomías territoriales en espacios no continuos; mientras en el Cauca, en zonas mapuche y en Chiapas los territorios autónomos tienden a conformar “continentes”.

También se conocen procesos autonómicos en las ciudades, aunque en mucha menor proporción que las áreas rurales y las más de las veces de modo no declarado, quizá como forma de no llamar la atención de los aparatos estatales, siempre dispuestos a impedir su consolidación. En México conocemos los casos de Cherán y la Comunidad habitacional Acapatzingo en Iztapalapa, Ciudad de México, aunque seguramente existen otras experiencias menos visibles. En varias ciudades de Sudamérica levantan vuelo micro experiencias de autonomía urbana, mediante la creación de huertas comunitarias, espacios de educación y apoyo escolar, pequeñas clínicas de salud y centros sociales y culturales.

El Centro educativo y cultural Cama de Nubes cartografió más de 380 espacios político-culturales y educativos que se denominan comunitarios, okupados, independientes, autogestivos o autónomos en Ciudad de México. El número no es menor, si consideramos que los denominados centros culturales oficiales de la ciudad suman 246 en total; sin embargo, 50% de ellos (123) están concentrados en tres de las 16 alcaldías. En estos espacios miles de jóvenes practican modos no capitalistas de relacionarse como “economía solidaria, autogestión, apoyo mutuo, medicina tradicional o feminismo; impulsan talleres de educación popular, huertos urbanos, video comunitario, producción de chocolate artesanal o pan; se impulsan redes de consumo local, ferias multitrueque, monedas comunitarias, cafeterías o comedores populares, siembra en chinampas y un largo etcétera que incluye hasta una red de temazcales que se realizan en la ciudad”.

Las ciencias sociales y el pensamiento crítico se han enfocado en las creaciones de los pueblos originarios, en parte por ser las más potentes y antiguas, influidas probablemente por el impacto del alzamiento zapatista. En los últimos años, desde la Minga Indígena de 2008 en Colombia y desde las manifestaciones de junio de 2013 en Brasil, los pueblos negros se movilizan de forma cada vez más autónoma, tomando rumbos propios, con base a sus quilombos o palenques, los modos de las autonomías territoriales de los pueblos negros.

Aún nos falta mucho por investigar y por aprender de los movimientos sociales y de los pueblos en movimiento, pero podemos hacer algunas afirmaciones. Así como hay organizaciones que dejaron de lado la autonomía para subordinarse a los programas sociales de los gobiernos –sean progresistas o conservadores–, existen muchas organizaciones que siguen trabajando por la autonomía, aun cuando acepten programas de los gobiernos. Sólo una parte de los pueblos organizados y movilizados le

apuestan a una autonomía completa, en alguna medida por enfrentarse a estados militaristas o mafiosos con los cuales no es posible mantener relaciones respetuosas.

Hemos comprobado la existencia de “zonas grises”, cuando los movimientos aceptan programas sociales, pero los gestionan ellos mismos, evitando que los gobiernos les dicten los modos de hacer, no alineándose con los estados y manteniendo un margen de acción y de iniciativa propias.

La importancia que concedo al diverso y heterogéneo mundo de las autonomías es por la convicción de que el colapso sistémico, que va de la mano con la bifurcación en el sistema-mundo, sólo podrá ser afrontado y superado por aquellos colectivos humanos que hayan tomado la vida en sus manos, que no otra cosa es la autonomía. La dependencia de los de arriba, no puede asegurar la sobrevivencia porque sólo van a velar por ellos mismos cuando el colapso se haga realidad.

Mirando el horizonte

¿Cómo podemos imaginar o proyectar la reproducción de la vida por los pueblos durante el fin del sistema-mundo capitalista y la crisis civilizatoria en curso? Como he mencionado líneas arriba, no contamos con una cultura política de nuevo tipo ni con organizaciones que nos orienten en estos difíciles tiempos. Los pueblos deben improvisar, pero con base a su propia historia.

En Europa, la peste negra, en torno a 1348, se cobró la vida de casi dos tercios de la población en apenas cuatro años, creando las condiciones sociales y culturales para el despegue del capitalismo. En América Latina, los pueblos originarios enfrentaron la catástrofe de la conquista con el consiguiente colapso demográfico, cultural y político que hizo que demoraran más de un siglo en reponerse. También contamos

con la terrible historia de la esclavitud, cuando millones de africanos fueron arrancados de su continente y esclavizados en las Américas. Son cinco siglos de guerra de los de arriba contra los pueblos, plagados de masacres, genocidios y humillaciones sin fin, que incluyen dictaduras con cientos de miles de asesinados y desaparecidos, políticas de “tierra arrasada” como la que realizaron los militares en Guatemala en la década de 1980.

Este conjunto de experiencias, que en varias ocasiones colocaron a los pueblos ante el abismo de la extinción, son las que ellos mismos están actualizando, en todo el continente, para enfrentar los nuevos desafíos. Resisten inspirándose en las gestas del nasa Manuel Quintín Lame; de los mapuche Lautaro y Pelentaro; del maya Jacinto Kanek; de Zumbí y Dandara de Palmares; de Tereza de Beguela, de tantas figuras de nuestros pueblos que dieron sus vidas por algo tan sencillo, pero decisivo, como seguir siendo pueblos.

A través de esas voces, los pueblos están aprendiendo de sus historias, de sus resistencias, pero también de sus fracasos y derrotas. Han decidido resistir y construir el mundo que desean, o si se prefiere construyen mundos otros mientras resisten, como forma de re-existir comunitariamente, de forma no centralizada ni unificada, como sucedía en el período anterior con resultados poco favorables.

Hace ya tres décadas, Wallerstein se preguntaba “si surgirá una nueva familia de movimientos antisistémicos, con una nueva estrategia, suficientemente fuerte y flexible como para conseguir un impacto en el período 2000-2025, de modo que el resultado no sea lampedusiano”, en el sentido de que las cosas cambian en la forma, pero permanecen igual en el fondo. Proponía, además, superar el error del período anterior, cuando se consideraba que la estructura unificada era la más eficaz (la política de la unidad), porque se priorizaba la toma del poder, en su opinión “la peor de las

posibilidades, porque siempre incluye el riesgo de la relegitimación del orden social existente”, como sostiene en *El colapso del liberalismo*, escrito el mismo año que el texto anteriormente citado.

Hoy podemos decir que las esperanzas de nuestro sociólogo no se han visto defraudadas. Existen en todo el continente movimientos de los pueblos, de los diversos abajos, enfocados en la sobrevivencia al colapso sistémico y en la construcción de lo nuevo. Aún no son mayoritarios y tal vez nunca lo sean. Pero ya no son marginales, ni por la cantidad de personas que involucran, ni por los territorios y espacios que ocupan. Además de construir espacios de autonomía integral y de vida, se convierten en referencia, incluso para aquellos sectores de los pueblos que no los apoyan, pero los respetan y en ocasiones los siguen.

Es evidente que las “luchas otras” no tienen la visibilidad de los procesos electorales y de las iniciativas de los partidos políticos, porque suceden en otros espacios y tienen otros objetivos. Siguiendo a Francisco López Bárcenas, podemos decir que para los pueblos “no se trata de luchar contra los poderes establecidos para ocupar los espacios gubernamentales de poder, sino de construir desde las bases contrapoderes capaces de convertir a las comunidades indígenas en sujetos políticos con capacidad para tomar decisiones sobre su vida interna, al tiempo que modifican las reglas por medio de las cuales se relacionan con el resto de la sociedad, incluidos otros pueblos indígenas y los tres niveles de gobierno”.

En segundo lugar, porque las movilizaciones más importantes de los pueblos no son visibles desde fuera, ya que las realizan “al interior de sí mismos” y muchas veces no las dan a conocer. Se movilizan para restablecer la armonía, apelando a sus guías espirituales, recorriendo sus espacios sagrados, proceso en el cual desempolvan sus propias formas de lucha para organizar la resistencia a su manera. “Como muchos no

las ven o viéndolas no las entienden, piensan que los pueblos no se movilizan, cuando en realidad son las movilizaciones más significativas para los pueblos, porque a partir de ellas construyen su autonomía”.

Bibliografía

Abdel-Malek, Anouar (1975), *A dialéctica social*, Petrópolis, Paz e Terra.

Alkmin, Fábio (2022), *Plantando palavras, colbendo autonomías: os Protocolos de Consulta na defesa dos territórios indígenas amazônicos*, São Paulo, Universidad de São Paulo.

Arrighi, Giovanni y Beverly Silver (2001), *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, Madrid, Akal.

Basha, Sameed (2022), “Why China May Have More to Offer Saudi Arabia than the US”, *South China Morning Post*, 8 de diciembre, <https://www.scmp.com/comment/opinion/article/3202507/why-china-may-have-more-offer-saudi-arabia-us>.

Castillo, Marlene (2021), *Pueblos awajún y wampis, antes y después del “Bagnazo”*, Lima, CooperAcción.

Centro Educativo y Cultural Cama de Nubes *et al.* (2020), “Barrios en movimiento, los espacios autónomos en la Ciudad de México”, *Desinformémonos*, 11 de mayo, <https://desinformemonos.org/barrios-en-movimiento-los-espacios-autonomos-en-la-ciudad-de-mexico/>.

García Guerreiro, Luciana y Fátima Monasterio (2022), *Luchas territoriales por las autonomías indígenas en Abya Yala*, Buenos Aires, El Colectivo.

Laboratorio Europeo de Anticipación Política (2022), “Un año bajo el signo de la ruptura”, *Boletín Europeo de Anticipación Global*, núm. 170.

Goldman, David (2022), “Pax Sinica of Sorts Taking Shape in Middle East”, *Asia Times*, 15 de diciembre, <https://asiatimes.com/2022/12/pax-sinica-of-sorts-taking-shape-in-middle-east>.

- John, Oliver (2022), “Saudi Arabia in a Big Oily Pivot to China”, *Asia Times*, 14 de diciembre, <https://asiatimes.com/2022/12/saudi-arabia-in-a-big-oily-pivot-to-china/>.
- López Bárcenas, Francisco (2019), *Autonomías y derechos indígenas en México*, Oaxaca, Pez en el Árbol.
- Menezes, William (2022), “Em mapa, a degradação da agricultura brasileira”, *Outras Palavras*, 6 de octubre, <https://bit.ly/3VbKXCW>.
- Paley, Dawn (2020), *Capitalismo antidrogas. Una guerra contra el pueblo*, México, Libertad Bajo Palabra.
- Quijano, Aníbal (2014), “Colonialidad del poder y clasificación social”, *Cuestiones y horizontes. De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 285-327.
- Ríos, Xulio (2022), “La no hegemonía china”, *Observatorio de la Política China*, 12 de diciembre, <https://politica-china.org/areas/politica-exterior/la-no-hegemonia-de-china>.
- Segato, Rita (2015), *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos*, Buenos Aires, Prometeo.
- Wallerstein, Immanuel (2004), “Paz, estabilidad y legitimación: 1990-2025/2050”, *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*, Madrid, Akal.
- Wallerstein, Immanuel (1996), “El colapso del liberalismo”, *Después del liberalismo*, México, Siglo XXI, pp. 231-249.
- World Energy Trade (2022), *Arabia Saudí reitera compromiso con China como su proveedor de petróleo más confiable*, 8 de noviembre, <https://www.worldenergytrade.com/politica/asia/arabia-saudi-compromiso-china-proveedor-petroleo-confiable>.
- Zibechi, Raúl (2018), *Los desbordes desde abajo. 1968 en América Latina*, Bogotá y Santiago, Desdeabajo y Quimantú.

Los límites y los alcances de las subjetividades emergentes en el ocaso capitalista

*Raúl Ornelas y Daniel Inclán**

La acción colectiva, en particular aquella de carácter antagonista, es uno de los principales determinantes de la trayectoria del sistema-mundo. Las actividades de los sujetos que sustentan visiones y realizan prácticas disruptivas en los márgenes del capitalismo, que suelen manifestarse en una multiplicidad de espacios sociales, representan un elemento cualitativo en los rumbos de la bifurcación sistémica. Ese conjunto heterogéneo de prácticas abre horizontes alternativos y crea nuevas articulaciones sociales, que prefiguran nuevas formas de vida, no desconectadas del capitalismo, sino en abierto antagonismo. Es por lo que el análisis de los movimientos sociales contemporáneos es estratégico para comprender las tendencias dominantes de nuestra época y las disputas por dotar de contenidos y formas alternativas al tiempo colectivo.

Muchos de los análisis sociales dominantes sobre la trayectoria del sistema sitúan en un segundo plano a los movimientos sociales, para centrar su atención en la concentración del ejercicio del poder, en especial aquel que controlan las corporaciones y estados, que son considerados las dos grandes fuerzas que determinan los rumbos y contenidos de las vidas colectivas. Si bien este tipo de análisis es fundamental para hacer reflexiones críticas sobre la situación actual, donde los ejercicios de poder articulan a las sociedades en función de las agendas corporativas, es necesario comple-

* Investigadores titulares del IIEC-UNAM.

mentarlos con las investigaciones, igualmente críticas, de los movimientos antagonistas. Para una visión compleja y no dicotómica del proceso de transición en el que nos encontramos es preciso reconocer la importancia cualitativa de los movimientos antisistémicos, en tanto sus propuestas y actividades, al tiempo que frenan la dinámica del capitalismo, construyen referencias civilizatorias para quienes intentan transformar sus formas de vida fuera de los parámetros civilizatorios modernos.

En esa perspectiva, el texto de Raúl Zibechi que publicamos en este número ofrece una primera aproximación a los interrogantes que la bifurcación sistémica plantea a las personas y movimientos que se proponen superar la dominación capitalista. Esta es una disquisición relevante para el debate sobre la trayectoria del sistema: aun en medio de grandes y crecientes dificultades hay multiplicidad de sujetos sociales que, de diversas maneras y en ámbitos heterogéneos, experimentan formas de vida contra, más allá y en fuga de las relaciones sociales capitalistas. Sus prácticas constituyen las bases materiales, epistémicas y prácticas de mundos no capitalistas y, en esa medida, son fundamentales para entender cuáles podrían ser las bifurcaciones que construyan formas postcapitalistas, aquellas que sean capaces de romper con las relaciones fundamentales de ese sistema social: el trabajo asalariado, el monopolio de los medios de vida y de trabajo, la competencia, la acumulación, el individualismo, entre las más importantes.

En estas notas proponemos algunas reflexiones a propósito de lo planteado en el artículo de Zibechi, “Pueblos y movimientos en el torbellino sistémico”, en torno a tres cuestiones que consideramos axiales para los sujetos antisistémicos: el combate a la adhesión al sistema, el autoritarismo y la masa crítica.

Un primer tema que es relevante discutir a partir de las reflexiones Zibechi es la adhesión al sistema capitalista, que deriva de su capacidad para crear riqueza material de forma en apariencia ilimitada. En términos históricos, las revoluciones sociales y políticas, las luchas de liberación nacional, las luchas gremiales y corporativas, e incluso muchos de los sujetos sociales contemporáneos, aceptan y defienden el acceso a la riqueza material como coordenada fundamental de sus luchas. Tanto en aquellos procesos que pugnan por el acceso al mínimo vital (por ejemplo, las consignas paz, pan y trabajo, o, tierra y libertad), como en las prácticas de consumo responsable, se manifiesta el gran triunfo de la modernidad capitalista, la pervivencia del “deseo de capitalismo” según una expresión referida por Zibechi (2023): una relación que cohesiona transversalmente a las distintas formas de socialización contemporáneas cuyo fundamento es la “abundancia” y el fin de la escasez gracias a las mejoras tecnoindustriales y el funcionamiento “adecuado” de la ciencia, que se manifiesta en una riqueza que sólo es necesario socializar de manera distinta.

La versión consumista de la adhesión al capitalismo es la más visible en esa dinámica de crecimiento sin límites, pero no debemos dejar de lado las dificultades que los sujetos sociales antagónicos enfrentan para transformar las formas de producción y de esa forma lograr romper el “deseo de capitalismo”. De las luchas históricas de impugnación al orden civilizatorio moderno, consideradas en la larga duración, se puede reconocer que por transformadoras que fueron algunas de las experiencias, no lograron dejar de lado los paradigmas productivos del capitalismo. Por ejemplo, la fórmula bolchevique, según la cual el comunismo es la acción común del poder de los soviets y la electrificación, esquematiza la adhesión a las formas de producción creadas por el capitalismo por parte de los sujetos antagonistas que llevaron a cabo

ese proceso de transformación.¹ Lo que permite ver la fuerza de creadora del capitalismo al tiempo que se devela el objetivo de la producción tecnoindustrial: la creación de la mayor cantidad de mercancías y con ello la apropiación del mayor monto de ganancias.

A la luz de las críticas a la tecnología, posteriores a la destrucción anunciada por la carrera atómica y que desde la revolución mundial de 1968 tomaron carta de ciudadanía en el pensamiento crítico, es posible afirmar que las estrategias antisistémicas requieren de una crítica de las tecnologías capitalistas, desde su concepción, diseño e implementación; sin perder de vista que la crítica también debe extenderse a las relaciones sociales que se construyen a partir de las lógicas tecnoindustriales. La supuesta neutralidad de la ciencia y la tecnología que está detrás del desarrollo de las fuerzas productivas modernas tiene que ser superada, porque no es el cambio en su

¹ La frase de V. I. Uliánov Lenin (1986: 31 y 164) es: “El comunismo es el Poder soviético más la electrificación de todo el país”, y fue pronunciada en dos ocasiones en noviembre de 1920; la primera ante un congreso del Partido comunista de Rusia; y la segunda ante un congreso de los soviets, lo que explica su carácter esquemático y propagandístico. También en el marco de la revolución rusa, Lev Trotsky trató en diversas ocasiones esta perspectiva “prometeica”, adherida completamente a las ideas del progreso y el desarrollo. En un informe ante el IV Congreso de la Internacional Comunista, Trotsky (1922) planteó el problema de la siguiente manera: “El progreso histórico de la humanidad puede resumirse del modo siguiente: un régimen que asegura una mayor productividad del trabajo reemplaza a aquellos con una productividad menor. Si el capitalismo reemplazó la antigua sociedad feudal sólo fue porque el trabajo humano es más productivo bajo el dominio del capital. Igualmente, la única razón por la que el socialismo podrá suplantarse completamente al capitalismo, de un modo total y definitivo, es que asegurará una mayor cantidad de productos para cada unidad de fuerza de trabajo humano.” En esta visión teleológica de la transformación, la trayectoria de los sistemas sociales está determinada, fundamentalmente, por la productividad del trabajo. Este planteamiento fue refutado no solo por el hundimiento de las experiencias del socialismo este-europeo sino por la catástrofe ecológica que las caracterizó y los límites sociales que enfrentaron. Nuestro argumento no pretende hacer una crítica a las luchas sociales del pasado, ejercicio anacrónico dado que cada sujeto lucha con los medios y horizontes de su época. Se trata de un ejercicio de memoria, de aprendizaje, en que el análisis de las luchas históricas permite advertir tanto sus aportes y realizaciones, como sus límites y contradicciones. En esa perspectiva, nuestra reflexión propone una recuperación crítica de las luchas que buscaron superar el capitalismo y sus pilares civilizatorios de base tecnoindustrial.

uso lo que frenará las destrucciones que genera. Las fuerzas productivas creadas en el marco del proyecto civilizatorio capitalista llevan la marca de la autodestrucción, por lo que un uso alternativo (proletario, comunitario, indígena, etcétera) no es suficiente. La apuesta por el productivismo industrial y la superación artificial de la escasez no anuncia ninguna emancipación, por el contrario, refuerza el sentido civilizatorio del capitalismo. Por lo que su cuestionamiento y la construcción de otras tecnologías y modos de producción son temas urgentes en las agendas de los procesos de transformación.

Así, uno de los principales aportes de las luchas antagonistas contemporáneas es la elaboración de cinco críticas de la cultura material capitalista: 1) la crítica del sistema de necesidades y su ordenamiento del tiempo y el espacio; 2) la crítica de la tecnología y su deriva industrial, producto de una intensa actividad científica; 3) la crítica de la relación entre lo humano y lo no-humano, que escinde el mundo de las existencias; 4) la crítica las relaciones de género, expresada en la división entre lo productivo y lo reproductivo; 5) la crítica del colonialismo que reorganiza las geografías y los pueblos. Aunque estas críticas, consideradas en lo individual, existen desde hace mucho tiempo, los nuevos posicionamientos emancipatorios parten de la necesidad de integrarlas a fin de transformar el conjunto de las relaciones sociales, y de manera muy destacada, aquellas que aseguran nuestra reproducción cotidiana: la alimentación, la salud, la educación, la vivienda, entre otras necesidades básicas; a ello se suman de manera creciente prácticas y reflexiones sobre la importancia de los vínculos afectivos, de los cuidados y las dimensiones espirituales, a través de las que se crean sentidos colectivos y formas de adhesión a nuevas experiencias civilizatorias.

Se crean posibilidades para ir por fuera de la abundancia capitalista y de su impulso industrial, volviendo a plantear preguntas cuyas respuestas no pasan por la formulación de programas generales, ni de manuales de acción. Ello no resuelve totalmente el problema material, pero impugna el dominio absoluto del productivismo y la tecnología como vías capitalistas de superación del capitalismo. Se quiebra así el sentido teleológico que imperó durante el siglo XX, con lo que se abre la puerta a pensar los proyectos de transformación por fuera de toda necesidad histórica.

El segundo tema sobre el que es preciso reflexionar es el autoritarismo. La construcción de prácticas y reflexiones críticas que salen del imperio productivista se enfrentan a lo impredecible del escenario catastrófico contemporáneo. Por lo que además de tener que imaginar, experimentar e innovar aceleradamente, enfrentan dos grandes interrogantes que deben ser analizadas como parte de la construcción de alternativas civilizatorias: 1) las relaciones de mando y obediencia; 2) las escalas de acción y las posibilidades de replicarse en otros escenarios o de crear mecanismos de articulación entre luchas.

Coincidimos con el argumento de Zibechi, que destaca la capacidad transformadora de los “pueblos originarios, negros y de las periferias urbanas” en América Latina como uno de los principales diques a la expansión capitalista de los años recientes, ya que es un terreno fértil de experiencias antagonistas frente al sistema moderno de dominación. Su importancia invita a profundizar en los debates que su caminar propicia. Queremos reflexionar sobre lo cotidiano de su quehacer, en el que la reproducción de ideas y prácticas autoritarias es un tema poco tratado, y, sin embargo, de gran importancia para explicar las trayectorias de las luchas sociales.

De manera similar a la adhesión a las ideas-fuerza del capitalismo, los sujetos antagonistas reproducen las culturas políticas modernas y recrean relaciones de mando-obediencia que limitan su trayectoria y expansión. Como bien apunta Zibechi, los sujetos antagonistas han puesto en cuestión las prácticas y costumbres políticas de partidos y sindicatos, en tanto representaciones de la cultura política predominante en la sociedad capitalista. Sin embargo, los ejercicios de horizontalidad, de mandar obedeciendo, de rotatividad y rendición de cuentas, por citar algunas experiencias relevantes, hasta ahora no sientan bases para experiencias innovadoras que sustenten cambios radicales en las culturas y prácticas políticas de los sujetos antagonistas. La “metafísica” de la movilización se sostiene sobre principios de renuncia y sacrificio que dificultan la superación de dinámicas autoritarias. La fuerza de la autoridad sigue primando en las actividades anti-sistémicas bajo múltiples maneras: el líder carismático, la urgencia e importancia del proyecto, la tradición, etcétera.

Uno de los debates más relevantes en relación con el autoritarismo dentro de las organizaciones antagonistas lo planteó la dirigencia zapatista, al hablar de la influencia del ejército como estructura jerárquica en la que los mandos toman decisiones que deben ser acatadas, sobre las prácticas assemblearias de las comunidades que intentan autogobernarse mediante el diálogo colectivo (véase SCI Marcos, 2003). En esa perspectiva, destacan dos experiencias que, sin acabar con las culturas autoritarias, proponen discusiones y prácticas para hacerles frente:

- Los anarquismos, que comparten el rechazo a toda forma de gobierno y/o conducción institucionalizados, al tiempo que recogen la crítica a las experiencias históricas que apuntalaron el culto a la personalidad y los caudillismos.

- Las experiencias feministas, que en pensamiento y acción intentan desterrar las prácticas de imposición y recuperación con que fueron silenciadas durante largo tiempo: el predominio de una voz y una verdad absoluta.

Como síntesis de estos debates, entre los sujetos antagonistas se generaliza el método de la acción descentralizada (*cada quien en su tiempo y modo*), como un conjunto de prácticas que permiten la convergencia en la acción y a partir de objetivos comunes. Sin embargo, ello no resuelve los clivajes resultados de una cultura política que busca hegemonizar y homogeneizar las luchas, y en muchos casos, las prácticas al interior de las luchas antagonistas apuntalan la fragmentación extrema que paraliza las convergencias amplias, ya que se demandan comportamientos normalizados, dinámicas de subordinación y respeto a jerarquías imaginarias. Se crean así, de forma implícita, y muchas veces explícita, mecanismos de supervisión y sanción, para definir lo tolerado, lo aceptable y lo necesario de las acciones de lucha. Derivado de ello se construyen mecanismos de supervisión, vigilancia y sanción (que van desde el regaño, hasta las sutiles formas de expulsión).

Como toda relación autoritaria, este tipo de prácticas es posible porque se acepta y legitima por la parte que se subordina. En el caso de las movilizaciones antagonicas perviven dinámicas de aceptación acrítica de las figuras de autoridad, asumiendo que son dinámicas necesarias para los objetivos de la lucha. Con lo que se reproducen las divisiones y jerarquías de los quehaceres.

Un debate menos abordado es el comportamiento de las personas e instancias de dirección de las luchas antagonistas, así sean informales. En términos de cultura política, comienza a ser un sentido común el hacer frente al enriquecimiento de los dirigentes; a los comportamientos violentos, en particular la violencia de género.

Como resultado se refuerzan las exigencias para que los acuerdos colectivos sean respetados. En cambio, los temas de la rotatividad, del cuestionamiento y sobre todo de las posibilidades de sancionar y destituir a los dirigentes que no cumplen sus encargos en la forma acordada, son poco abordados: los sujetos antagonistas continúan reconociendo una especie de meritocracia fundada en la experiencia, en los roles de género, y muchas veces, en la formación de mayorías en su interior.

Esto abre la puerta para discutir los programas e idearios de las acciones políticas antagonistas, ya que se sigue reproduciendo un sentido moderno capitalista de la verdad política: la tienen aquellas personas privilegiadas, las mentes ilustradas (generalmente masculinas) que saben el sentido y significación de cada acción. Esta separación convierte a las personas que cotidianamente reproducen el quehacer antagonico en repetidoras de una verdad que no siempre construyen, comparten o entienden. Es común que los contenidos de los proyectos, los análisis de la situación en la que se realizan y los escenarios inmediatos y futuros se vuelvan fórmulas que se repiten sin procesos reflexivos.

Pensamos que es indispensable profundizar los debates sobre las relaciones de poder al interior de los sujetos antagonistas y experimentar posibles soluciones que rompan la inercia de un problema sobre el que “nadie se anima a hablar”. En esa perspectiva, el debate sobre el papel de la crítica es crucial. En la cultura política predominante, marcada profundamente por el autoritarismo, la crítica es inadmisibles: quien critica los mecanismos de ejercicio de poder deviene “adversario”, e incluso “enemigo”, al que en cualquier caso hay que combatir y, eventualmente, someter a los dictados del poder establecido. Las múltiples expresiones autoritarias dejan hondas huellas en las prácticas y los hábitos de los sujetos antagonistas, que construyen

espacios de diálogo, crítica y autocrítica, pero cuyos alcances son muy limitados, tanto en lo que toca al cuestionamiento de los dirigentes, como de los presupuestos que sostienen la lucha. Para tomar dos ejemplos disímboles, citemos el atroz silencio en torno a la violencia de género y a la toma de decisiones en el terreno de las alianzas políticas. Incluso para los sujetos antagonistas, la crítica es una práctica “poco útil”, que desgasta y da argumentos a aliados y enemigos. En los escenarios en los que se abre la posibilidad de su enunciación se pide que sea una “crítica constructiva”, es decir, que proponga sobre lo que hay y que no se atreva a impugnaciones radicales. Desde la experiencia histórica, se constata que la crítica queda relegada a ejercicios retrospectivos, por lo que difícilmente se instala como una práctica cotidiana que permita mejorar tanto la convivencia como la toma de decisiones, así como prefigurar nuevas culturas políticas fundadas en una solidaridad que no excluya la crítica.

Un tercer tema para reflexionar es la escala de las experiencias antagonistas (OLAG, 2018). En contrapunto con el argumento que sustenta el carácter cualitativo de los proyectos civilizatorios que construyen los sujetos antagonistas, es preciso preguntar acerca de su capacidad para movilizar y, sobre todo, para resonar, para ser traducidos por otros sujetos en otras circunstancias, para crear medios de articulación y diálogo. La construcción de acuerdos y la realización de acciones en que participen amplios grupos de personas y organizaciones, en geografías heterogéneas y no contiguas, son vitales tanto para las luchas anti-capitalistas como para la construcción de nuevas formas de vida. Esa es una de las posibles respuestas al problema de la masa crítica y la generalización de la crítica del sistema de dominación, una respuesta en clave “realista”. La consideración pragmática que sustenta la aspiración, e incluso el deseo, de que se produzcan y construyan convergencias masivas, señala que, dada la

magnitud del capitalismo, las experiencias autonómicas y alternativas pueden seguir construyéndose en los márgenes del sistema, pues su alcance no desafía el gran poder capitalista, de modo que estarían sometidas a un desgaste permanente y a su eventual reabsorción. De ahí que ganar masa crítica y lograr convergencias masivas son objetivos estratégicos de los movimientos antagonistas.

Otras interpretaciones, en cambio, sostienen la posibilidad de una transformación de largo plazo caracterizada por una dinámica de agrietamiento, de cambio intersticial, posición argumentada en el debate mexicano por Gustavo Esteva (2022) y John Holloway (2011), entre otros autores. En esas perspectivas, la cuestión de la masa crítica y las convergencias masivas no es central, enfatizando el crecimiento orgánico de las “formas otras” de vida.

Las oleadas de insurgencias sociales y políticas que caracterizan el nuevo siglo alimentan estos debates, al tiempo que las luchas y movimientos antagonistas afectan la de por sí decadente normalidad capitalista. Sin embargo, el periodo reciente también se caracteriza por una continua y omnipresente operación de represión y control social acentuado, el llamado capitalismo de la vigilancia. Si consideramos algunos ejemplos de América Latina, constatamos que los levantamientos populares en Chile, Colombia y Ecuador fueron, hasta ahora, reabsorbidos por la institucionalidad liberal, siendo el primero el caso más extremo: con el fracaso del proceso constituyente y la promulgación del estado de sitio por el gobierno de Gabriel Boric se agravó el conflicto con los pueblos mapuche y se abrió la puerta para la represión selectiva ante la latente disconformidad social.

En la época de la bifurcación sistémica coexisten transformaciones civilizatorias con reestructuraciones capitalistas cada vez más represivas. Sin duda, ello señala la

fragilidad del sistema, al punto que la posibilidad de un quiebre histórico cobra fuerza rápidamente. Sin embargo, el recurso a la violencia generalizada también alimenta la posibilidad de conflictos que constituyan riesgos existenciales, al menos para grandes regiones del planeta; tal es el caso del uso de armas nucleares en el conflicto entre Rusia y Ucrania, evocado por el liderazgo ruso. En otra escala, pero con resultados similares, las operaciones de contrainsurgencia militar y social contra las comunidades zapatistas levantan interrogantes acerca de la continuidad de esta lucha emancipadora que marcó el inicio del milenio ¿Estas contradicciones y contingencias hacen que las convergencias masivas se conviertan en una necesidad inaplazable para los sujetos antagonistas? Esta es una pregunta abierta que, desde nuestro punto de vista, cobra relevancia y marcará en buena medida la trayectoria de las luchas anticapitalistas.

En cualquier caso, los sujetos antagonistas enfrentan dos desafíos sobre los cuales es preciso seguir discutiendo: la construcción de vínculos con los grupos sociales típicos del capitalismo decadente (las masas proletarias y las masas desposeídas); y la creación de culturas materiales que ofrezcan soluciones a la escasez material y a la miseria existencial que crecen sin límite a la vista, conforme se profundiza la dislocación del capitalismo.

Bibliografía

- Esteva, Gustavo (2023), “The Ongoing Insurrection”, *A Critique of Development and other essays*, Nueva York, Routledge, pp. 198-232.
- Holloway, John (2011), *Agrietar el capitalismo. El hacer contra el trabajo*, Ciudad de México, Herramienta, Bajo Tierra, Sísifo, BUAP.

Lenin, V. I. (1986 [1920]), “Informe del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia y del Consejo de Comisarios del Pueblo sobre la política exterior e interior. 22 de diciembre”, *Obras completas*, Tomo 42, Moscú, Progreso, <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/oc/progreso/tomo42.pdf>.

Observatorio latinoamericano de geopolítica (OLAG) (2018), *Seminario Cuál es el futuro del capitalismo*, grabaciones de video, <https://geopolitica.iiec.unam.mx/node/682>.

Subcomandante Insurgente Marcos (2013), *Chiapas: la treceava estela. Quinta parte: una historia*, julio, <https://enlacezapatista.ezln.org.mx/2003/07/21/chiapas-la-treceava-estela-quinta-parte-una-historia/>.

Trotsky, Lev (1922), *Informe sobre la nueva política económica de los soviets y la revolución mundial. Informe pronunciado ante el IV Congreso de la Internacional Comunista*, <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/eis/1922.LaNEPylarevmundial.pdf>.

Zibechi, Raúl (2023), “¿Qué podemos hacer ante el ‘deseo de capitalismo?’”, *Desinformémonos*, 9 de enero, <https://desinformemonos.org/que-podemos-hacer-ante-el-deseo-de-capitalismo/>.

El misterio de economía. O como se pierde la normalidad capitalista en Argentina

Daniel Inclán*

El lema de Balzac puede aplicarse a desvelar la era del Infierno. Porque nos revela que este tiempo no quiere saber nada de la muerte y que la moda hace burla de ella; que la aceleración que sufre el tráfico y el tempo a que se comunican las noticias —al ritmo de edición de los periódicos—, se dirigen al hecho de eliminar toda interrupción, todo fin abrupto y repentino, de modo que la muerte, como corte, sólo se da como continuidad con lo rectilíneo del curso [...] del tiempo.

WALTER BENJAMIN, *El libro de los pasajes*

El 3 enero de 2022 un dólar estadounidense costaba 103 pesos argentinos, al tipo de cambio oficial; en el mercado informal, conocido como “dólar blue”, su valor era de 206 pesos. Al final del año, un dólar equivalía a 177 pesos en el tipo de cambio oficial, y 345 pesos en el mercado paralelo.¹ Con una devaluación de 72%, el peso argentino es la moneda más depreciada de América Latina. No sólo como resultado de la crisis económica, que casi todos los países enfrentan después de dos años de políticas de confinamiento por pandemia; también las disputas entre poderes son definitorias, en especial aquellas batallas entre la oligarquía local y el gobierno federal (sin dejar de lado las disputa entre fuerzas políticas “oficialistas” y “no-oficialistas”), en las que se juega la concentración de las riquezas y el

* Investigador titular del IIEC-UNAM. Correo electrónico: dinclan@iiec.unam.mx.

¹ Véase: https://www.bcra.gob.ar/MediosPago/Tipos_de_Cambio_SML.asp.

control del ejercicio del poder. Las oligarquías terratenientes, por ejemplo, especulan con las producciones de granos, carnes y lácteos, que guardan en espera de mejores precios internacionales o de incentivos federales, sin diferenciar los precios para el mercado interno y los de exportación. Esto afecta directamente a los precios de los alimentos al interior del país, aunque también es parte de la disputa por el ejercicio del poder más allá de los ámbitos de la política institucional. La oligarquía alega aumento de costos, por la subida de precios de los combustibles y los insumos para la producción, aunque sean trabajos realizados con anterioridad y que tendrán más ganancias que las programadas debido a la guerra en Ucrania y el aumento de los precios de los alimentos, en especial los cereales, en el mundo (Marcó de Pont, 2022).

La situación no es sólo resultado de una coyuntura económica adversa, en el tiempo largo hay raíces del problema. Incluso antes de la icónica crisis de diciembre de 2001, cuando las finanzas argentinas colapsaron y arrastraron a las economías de la región, en el país ya se tenía consciencia de las devaluaciones y las hiperinflaciones que le acompañaban. Desde el *rodrigazo*, como se conoció la crisis económica durante el gobierno de María Estela Martínez de Perón en 1975, hasta la devaluación promovida por Domingo Carvallo en 1990, durante el inicio del mandato de Carlos Menem, para sentar las bases de la convertibilidad del peso con el dólar estadounidense, las generaciones argentinas aprendieron que los proyectos económicos impulsados por cualquiera de los bandos políticos (militares, peronistas, radicales y alianzas partidistas) generaban una moneda inestable y mercados llenos de especuladores.

La situación actual, a pesar de las similitudes con periodos anteriores, manifiesta un cambio de rumbo, no sólo en la economía nacional y en la composición de las fuerzas sociales, sino, y sobre todo, en la relación que mantienen con la trayectoria

general del capitalismo. La otrora totalización civilizatoria capitalista empieza a funcionar fuera de sus tendencias seculares, se realiza mediante procesos dislocados: movimientos desencajados en los que se difumina la capacidad de articular bajo una misma cultura material la compleja diversidad de formas de socialización que surgieron a lo largo de los últimos cinco siglos.

En Argentina el precio del dólar es sólo una expresión de la reorganización desordenada de la vida económica y de las formas culturales del capitalismo. En el país se transita por un umbral en el que la regularidad de la vida en el capitalismo, como se definió y operó hasta los primeros años del siglo XXI, dejó de funcionar y generó regiones de aparente estabilidad que conviven con los crecientes islotes de capitalismo dislocado. Una condición del futuro del mundo se juega en esta geografía: el aniquilamiento de las clases medias, el fin de la estandarización del consumo, la destrucción de las dinámicas sociales de uso del espacio, el fin de los mercados no rentables (libros, teatro, cine de arte, etc.), la negación de todo proceso de redistribución de la riqueza, la destrucción de los ecosistemas con el argumento de necesidad social. Todo ello bajo la apariencia de un mundo capitalista que sigue en marcha. La tendencia civilizatoria del capitalismo se quiebra en esta región, pero queda en pie su imagen estrictamente económica: la desnuda transacción entre propietarios privados con fuerzas desiguales.

En Argentina se verifica una pérdida de la complejidad sistémica, la dislocación de los procesos produce dinámicas relativamente autónomas por medio de las cuales se intenta mantener en pie el proyecto civilizatorio capitalista. Esto no significa su inmediata caída o su automática superación, sino la construcción de espacios y de temporalidades que tienen que resolverse al margen de las condiciones civilizatorias

generales que organizaron la vida en los últimos dos siglos. No es el fin de la concentración de la ganancia y el control del ejercicio del poder, dos fundamentos del capitalismo; la riqueza se concentra aceleradamente mientras crece la precariedad en todos los segmentos sociales; al tiempo que la capacidad de gestión de las poblaciones desnuda su carácter represivo, ya sea por vías “legales” o por el ejercicio privado de la violencia.

En términos macroeconómicos todo parece funcionar, por lo que se propone mirar la pérdida de la complejidad sistémica en los ámbitos de lo cotidiano, en esa escala espacio-temporal que fue fundamental para que el capitalismo, como proyecto civilizatorio, lograra instalarse y reorganizar la heterogeneidad de las formas de vida. En este texto, se sugiere mirar el colapso de la sociedad capitalista en Argentina, en lo que sucede día a día en tres de las dinámicas centrales de la socialización: el ensueño del mercado, el papel productivo del dinero en las subjetividades, y los contenidos simbólicos del consumo. En estos tres procesos se verifica la falla de los mecanismos de adhesión al modelo capitalista en Argentina, que, sin derrumbarse del todo, manifiestan su incapacidad para seguir articulando esa sociedad como lo hizo hasta hace algunos lustros. Todo ello se traduce en una creciente y acelerada precarización de los contenidos de las formas de vida colectiva. La microhistoria que representa esta catástrofe ayuda a entender los derroteros de la transformación del capitalismo mundial. No precisamente por su tamaño, si no por las formas de organización de las socialidades, que en Argentina sirvieron para construir la imagen de un país europeo en América Latina.

No precisamente por su tamaño, si no por las formas de organización de las socialidades: la debacle económica en Argentina y la concomitante reorganización caótica son atisbos del futuro inmediato de la bifurcación sistémica

Es en estos terrenos de lo cotidiano en los que se presentan unas primeras impresiones del colapso civilizatorio, que en Argentina expresan no un escenario por venir, si no una realidad que se consolida diariamente. El fin de algunas de las tendencias seculares se manifiesta cabalmente en esta geografía. Lo que abre preguntas sobre los mecanismos económicos, sociales, culturales y políticos a través de los cuales se intentará compensar la pérdida de complejidad del sistema y reorganizar el funcionamiento dislocado de los procesos generales de la civilización capitalista.

¿Un mercado con sueño?

El contenido ideológico del neoliberalismo, que sirvió durante cuatro décadas para organizar el entendimiento del mundo bajo una imagen de articulación total de la economía y con ello la “universalización” de las formas de vida cotidiana, ya no sirve para explicar la emergencia de los múltiples escenarios de crisis, que se multiplican después de la catástrofe económica mundial de 2008. La pretendida globalidad y neutralidad del mercado no sólo demuestra su carácter restringido (si bien siempre funcionó para asegurar repartos desiguales), ahora hace explícitas las lógicas de exclusión: no hay capacidad de acceso al consumo para todas las personas, el esfuerzo individual o colectivo no aseguran acceso a las realizaciones materiales y culturales del capitalismo contemporáneo. Se conserva la domesticación del consumo, pero modificando sus mecanismos paralelos, entre ellos el endeudamiento y el acceso a los mercados.

En Argentina, la idea de la integración a un mercado global sin restricciones es una ficción desde hace varios años. La posibilidad de adquisición de las mercancías paradigmáticas, como las tecnológicas o la moda, es casi imposible para la mayor

parte de la población.² Varias de las marcas icónicas globales dejaron el mercado local. Bajo la eufemística denominación de “cambios en los planes de negocio”, dejaron de operar: Nike, Under Armour, Dr. Martens, Asics, Alicorp, Pierre Fabré, Eli Lilly, Walmart, Falabella, Qatar Airways, Air New Zeland, entre otras. Ni los mecanismos de endeudamiento permiten el acceso a los productos globales, por las altas tasas impositivas al crédito, que rondan 100% anual, y por la dificultad para obtener financiamiento, factores que indican la creciente situación de insolvencia que caracterizan la situación económica en Argentina. Los límites al endeudamiento personal contrastan con el peso de la deuda pública en la economía, que en 2022 representó 80% del producto interno bruto (Ministerio de economía, 2022a). El estado está endeudado, pero son escasos los créditos personales que la lógica de endeudamiento promueve.

A finales de 2022, el gobierno federal creó un programa para adquirir equipos tecnológicos y electrónicos y venderlos en pagos parciales y sin intereses, porque las empresas distribuidoras y los bancos no ofrecían ese tipo de ofertas; no obstante, entre ellos no se incluyen las marcas icónicas del mercado mundial (Ministerio de economía, 2022b). Contrario al periodo del auge neoliberal, es el estado el que tiene que garantizar el acceso a los bienes que se volvieron “necesidad” social en las últimas décadas, pero con productos sustitutivos, no con las marcas de renombre. Se intenta así mantener a flote las dinámicas de consumo.³

² En diciembre de 2022 un iPhone13, costaba 695 000 pesos argentinos, que en el tipo de cambio oficial serían alrededor de 3 900 dólares; incluso en el mercado paralelo de dólares (1 900 dólares). Este equipo es más costoso que en México, donde cuesta cerca de 1 000 dólares (20 000 pesos mexicanos). Otra de las mercancías paradigmáticas del capitalismo, el automóvil, es también de difícil adquisición en Argentina: un Renault Logan, que se ensambla en el país, cuesta 3 965 000 pesos argentinos; modelo que en México cuesta 312 000 pesos mexicanos.

³ Un abrigo impermeable marca Columbia, estilo Bugaboo II, para soportar temperaturas de 0°, anunciado en el sitio web para Argentina, cuesta 120 000 pesos argentinos (en diciembre de 2022 al tipo de

Las marcas icónicas que aún quedan en Argentina, dados sus elevados precios, están destinadas a pocas personas. Por lo que es muy común que las tiendas tengan escasas mercancías en exhibición, solo para mantener la imagen de funcionamiento. Incluso el tamaño de los locales contrasta con los de los almacenes en Brasil o Chile.

Los escenarios públicos en los que se pueden ver circulando las mercancías dominantes del mercado mundial resultan de un consumo exterior, como en los tiempos de la sustitución de importaciones y los mercados cerrados. En el caso de los dispositivos electrónicos hay una necesidad generalizada de adaptadores para las tomas de corriente, porque los equipos son comprados en mercados foráneos (en especial la zona franca de Ciudad de Este en Paraguay o en Montevideo, Uruguay). Los adaptadores se venden en puestos informales en las calles más transitadas del centro de las ciudades grandes o en las terminales de trenes y autobuses; no son para el turismo, sino para los miles de personas argentinas que compran sus equipos en el exterior.

Un mercado tan desigual, fragmentado y excluyente, en un país en el que las clases medias solían ser extensas, no sólo favorece a las oligarquías que monopolizan el acceso a las mercancías y las divisas; también el gobierno gana con la especulación y la inflación que provoca. La jerga económica llama impuesto regresivo a los ingresos estatales obtenidos por la inflación. La pérdida del valor de la moneda en el consumo cotidiano implica una transferencia de valor a la entidad que “produce” el dinero: el Banco central de la república y después a la hacienda pública. La devaluación de la moneda obliga a una mayor circulación de divisas y con ello una mayor captura de impuestos al consumo en montos absolutos. Según datos oficiales, 29% del producto

cambio oficial, 650 dólares, en el mercado paralelo 330 dólares); en el sitio web de la misma marca en Estados Unidos cuesta 210 dólares. Si se toma en cuenta que el salario mínimo mensual será de 69 500 pesos argentinos a partir de marzo de 2023, el precio del abrigo Columbia es elevado: casi dos salarios mínimos.

interno bruto es de impuestos (24% federal y 5% provincial). El impuesto más importante es el IVA, 76.7% del total recaudado (Ministerio de economía, 2022c).

¿Dinero sin valor (civilizatorio)?

Las restricciones a la adquisición de las mercancías icónicas del mercado global y los frenos al endeudamiento son expresión de la pérdida de funcionamiento del dinero como mecanismo de articulación económica. El valor del peso argentino es cada vez más simbólico. Incluso el estado físico de los billetes y monedas que circulan cotidianamente, en especial los de bajo costo, da cuenta de esa pérdida de “valor” del peso: billetes carcomidos de tanto uso, otros con leyendas o sumas escritas cual papel de notas, algunos con desgastes en sus impresiones, y otros más con arreglos de cintas para mantener unidas piezas de lo que alguna vez fue un billete. A lo que se suma el desprecio por las aún circulantes monedas, en especial las de un peso, con las que ya no es posible adquirir absolutamente nada.

Ante una moneda que no tiene valor, el gobierno apuesta por múltiples vías capturar los miles de dólares que circulan en los mercados paralelos. Durante 2022 hubo varios tipos de cambio del dólar que daban un poco más del cambio oficial, para “incentivar” segmentos productivos o para apropiarse de algunas de las ganancias de actividades rentables, como los grandes espectáculos. Los tipos de cambio fueron: oficial o minorista; bolsa o MEP; Coldplay o de costo de eventos con artistas extranjeros; ahorro o solidario; Netflix o de servicios de *streaming*; para turistas extranjeros; para turistas argentinos; soja; Qatar; cripto; de Certificados de depósitos argentinos o CEDEAR; de adquisición de productos de lujo; de liquidación de valores de deuda; de liquidación de valores en bolsa; tecnológico (BCRA, 2022a). Al mismo tiempo que se multiplican los tipos de cambio, se aumentan las restricciones de acceso a dólares,

conocidas como cepos, que no permiten que las personas puedan asegurar su cada vez más deteriorada riqueza en moneda estadounidense. Una persona solo puede comprar 200 dólares al mes con el tipo de cambio oficial; pero si tiene algún tipo de subsidio estatal no puede adquirirlos, porque no se considera un sujeto con capacidad de ahorro. Con lo que se refuerza el mercado “paralelo” y su gran dinamismo.

Los montos que se mueven en el mercado paralelo son difíciles de medir, por el tipo de operaciones que realizan, básicamente en el mercado minorista, y aunque es difícil que se acerquen a los dólares que pasan por el control oficial, los de los mercados mayoristas internacionales (carne, granos y minería), sí representan una afrenta al control del mercado cambiario y sirven para desestabilizar la economía cotidiana. La continuidad y dinamismo del mercado paralelo, de más de diez años de operación, obligó al gobierno encabezado por Alberto Fernández a generar varios tipos de cambio para acortar la brecha entre el cambio oficial y el “blue”.

Junto con las casas de cambio ilegales, conocidas como cuevas, que funcionan a la luz del día en las principales calles del centro porteño y de otras grandes ciudades como Córdoba o Rosario, operan mecanismos internacionales que se sirven del tipo de cambio paralelo para hacer sus transacciones. La empresa más socorrida es Western Union, a través de la cual personas en el extranjero envían remesas a Argentina, que convierten los depósitos en monedas locales a dólares y estos los cambian al tipo paralelo. Por ejemplo, a finales de 2022 un envío de 1 000 pesos mexicanos por este mecanismo equivalía a 18 300 pesos argentinos; si esa misma cantidad se cambia por los mecanismos oficiales, se recibirían solo 9 130 pesos argentinos. Este mecanismo favorece sobre todo a las monedas que mantienen una relación estable o de apreciación con el dólar, como el real brasileño, el peso mexicano o el sol peruano.

No es una concesión en el mercado de divisas, que permite más ganancias al cambiar el dólar a peso argentino; por el contrario, es una manera de desestabilizar la economía cotidiana, de generar nuevos mecanismos de concentración de la riqueza y de administrar una disputa por las divisas, tanto por los dólares, que se concentran en los mercados paralelos como por el circulante en pesos. El tipo de cambio paralelo sólo beneficia a quienes tienen dólares, no a aquellos que los quieren o los necesitan.

La disputa por las divisas llega hasta el Banco central de la república argentina, que tiene escasas reservas; según el último reporte del 2022, equivalían a 43 665 millones de dólares, entre billetes y metales (BCRA, 2022b). Las élites que tienen acceso a los mercados internacionales guardan su riqueza fuera del país. Según datos del Instituto nacional de estadística y censo de la Argentina (INDEC) había 261 490 millones de dólares fuera del país, registrados como “otras inversiones”. Un monto casi seis veces mayor al de las reservas del Banco central.

El resultado es un mercado de múltiples especulaciones, que hacen que el precio de las mercancías y servicios sirvan para capturar la riqueza social mediante la segmentación, incluso en las mercancías y marcas que parecían “democráticas”, dejando en claro que hay accesos diferenciados. Por ejemplo, la industria textil, que en otros tiempos fue pujante y accesible para la extensa clase media, hoy es selectiva y busca apropiarse de la abundancia artificial que se genera por los mercados paralelos, lo que hace imposible el consumo a crecientes segmentos de población. Por ejemplo, la ropa de invierno, que es una necesidad para un país que seis meses al año vive en la mitad de su territorio temperaturas cercanas a 0°, tiene precios muy altos, que llegan a duplicar el costo que pueden tener en mercados como el europeo o el estadounidense.

Los métodos de pago digitales, es especial Mercadopago, sirven para paliar la falta de divisas físicas. Además, construyen un mecanismo de préstamo, con mayor

facilidad que las instituciones bancarias, pero con montos muy limitados, que sólo sirven para adquirir insumos o servicios básicos. No obstante, hay restricciones a su uso, porque para acceder a ellos se necesita un respaldo bancario y poca población tiene sus ahorros en esas instituciones: aunque las cuentas de débito y ahorro no deben generar costos, por disposición oficial, la memoria de los corralitos o la retención de ahorros hace que las personas guarden su dinero en sus domicilios. Las tarjetas de crédito tienen altos costos de operación y pocos mecanismos de pagos parciales sin intereses; a lo que se suman los costos de operación que deben pagar los comercios que reciben pagos con tarjetas, y el que las empresas que controlan esos medios de pago entregan los recursos a las cuentas comerciales después de 25 días hábiles. Por lo que pocos establecimientos aceptan pago a crédito, en especial los pequeños, que necesitan de inmediato los recursos, y por tanto, rechazan este tipo de transacciones.⁴ Estos mecanismos señalan una ruptura más de la normalidad capitalista: el crédito no palía, como hasta hace algunos años, la pobreza de las personas y sus dificultades de acceso al mercado.

Y sin embrague se mueve... ¿para dónde?

Estas dinámicas de dislocación de las relaciones económicas amplían las brechas entre los segmentos sociales, de modo que aquellos que tienen acceso al dólar, pueden multiplicar su riqueza en pesos.⁵

⁴ Lo que contrasta, por ejemplo, con Brasil, un país limítrofe, en el que las comisiones por usos de servicios bancarios son muy bajas, por lo que hasta los comercios informales pueden hacer uso de ellas; lo mismo que las personas en situación de calle, que en lugar de dinero en efectivo aceptan transferencias digitales, que pueden cambiar con sus tarjetas o sus dispositivos móviles.

⁵ Cabe destacar que esta dinámica sólo funciona en Argentina, porque en los países limítrofes el peso argentino se compra mucho más barato de lo que se vende, para evitar que las “riquezas” en pesos argentinos, producto del mercado paralelo, desestabilicen los mercados internos; por ejemplo, en Uruguay un peso argentino se compra a 0.1 pesos uruguayos y se vende a 0.3 pesos uruguayos).

Además, el acceso a divisas extranjeras desde Argentina también está restringido. Con ello se crea una ficción del valor del peso, que se traduce en una “locura” de los precios, como le llaman eufemísticamente a una especulación en todas las escalas del mercado, desde el consumo minorista cotidiano hasta las grandes transacciones. Esa oscilación del valor del peso es otra de las razones que justifican la especulación de los precios; misma que en un movimiento circular afianza la acumulación en pocos segmentos, que, a su vez, son los que pueden acceder a los dólares, ya sea porque se dedican a actividades de importación o exportación, o porque controlan las dinámicas de distribución.

Por otro lado, la tolerancia al tipo de cambio paralelo permite un aumento del turismo en Argentina, en especial de los países limítrofes, particularmente los que pueden acceder por tierra, porque los vuelos son muy costosos debido a las altas tasas impositivas (112%, según datos de la Asociación latinoamericana y del Caribe de transporte aéreo). Hasta septiembre de 2022, el gobierno de la ciudad de Buenos Aires reportaba la visita de 983 000 turistas extranjeros (la mayoría de Brasil, Uruguay y Chile), en una ciudad de poco más de 3 millones de habitantes.⁶ Aunque parecería un buen indicador, la terciarización de la economía impulsada por el turismo aumenta los precios de los productos cotidianos, no sólo los de los espacios dedicados exclusivamente a las personas visitantes, sino en todos los segmentos de mercado. La necesidad de “capturar” la riqueza del turismo eleva considerablemente los precios, en especial en las ciudades que concentran las llegadas, como Buenos Aires.

En cambio, los cada vez más amplios sectores empobrecidos tienen que soportar la situación con sus reducidos ingresos, que además enfrentan una inflación galopante, que en 2022 fue de 94.2%, según datos oficiales. Las paritarias, como se conoce

⁶ Véase: <https://turismo.buenosaires.gob.ar/es/observatorio>.

a las actualizaciones de los sueldos a lo largo del año, para tratar de ajustar los ingresos con la inflación, sólo benefician a aquellas personas que tienen contrato de trabajo fijo: una tercera parte de la población económicamente activa. Las paritarias resultan de las negociaciones de cada sindicato, por lo que en 2022 hubo algunas que fueron mayores a 100%, como la del trabajo de carga y descarga, vidrierías y ópticas o seguridad; pero la mayoría rondaron 60%.⁷ De los 20 millones de personas trabajadoras, 44% lo hacen en condiciones precarias: 26% en la informalidad y 18% cuentapropistas o de subsistencia (Centro de estudios metropolitanos, 2022). Más de la mitad de la población tiene ingresos bajos, menores a 145 000 pesos al mes. De los trabajos no precarizados, solo la mitad son con contrato fijo, el resto son por contratos temporales o por obra determinada, que tienen dos opciones: o aumentar los costos del servicio, jugando con los aumentos inflacionarios; o mantener los costos de los servicios y perder ante una inflación impredecible. El resultado, una especulación sobre los ingresos y los salarios, que poco o nada tienen que ver con los costos de la reproducción de la fuerza de trabajo. Y aunque el salario base en Argentina es relativamente alto para América Latina, es uno de los más castigados, mirado en una perspectiva de mediana duración (por ejemplo, una persona que operaba un taxi hace cuarenta años, podía adquirir un crédito para una vivienda; hoy nadie que se incorpore al servicio de transporte de personas puede aspirar a un respaldo para comprar una casa).

Como respuesta a la inestabilidad económica, persiste una dinámica social de uso público de los espacios que aún se conservan, las parrillas y restaurantes están ocupados los siete días de la semana a las horas del almuerzo y la cena; lo mismo sucede en los cafés a media tarde, en ciudades como Buenos Aires. Una moneda tan devaluada,

⁷ Véase: <https://www.pagina12.com.ar/419817-paritarias-2022-cuales-fueron-los-ultimos-acuerdos-gremio-po>.

una inflación tan alta y con los límites para ahorrar, obligan a que las personas gasten lo poco que ganan, porque no tiene sentido guardarlo y tampoco tienen la posibilidad de destinarlo al pago de créditos, que son cada vez más difíciles de obtener.

Así, los gastos cotidianos se concentran en alimentación. Las librerías o los teatros, que son espacios icónicos en Argentina, no logran recuperar sus niveles de venta de antes de la pandemia, y antes de las medidas que limitaron el apoyo a estos sectores durante el gobierno capitalino encabezado por Mauricio Macri. Lo que antes eran actividades básicas para la mayoría de la población argentina, se vuelven actividades esporádicas y de lujo, como lo son para el resto de las personas en América Latina. En 2017, según la encuesta de consumos culturales, en Argentina sólo leían libros 44% de la población, 27% antes solía leer y 29% no lo hace.⁸ Estas cifras, que ya eran alarmantes para un país que tiene 1 500 librerías y la industria editorial más compleja y dinámica de América Latina, muy probablemente se ampliarán como resultado de los altos costos de los libros en los dos últimos años. En un escenario más adverso está el teatro; según la misma encuesta, en 2017, sólo 11% de la población asistió a funciones teatrales, en un país con 1 591 salas. Estas actividades no lograron recuperarse en 2022. Y difícilmente lo harán en los próximos años, con lo que se convertirán, como en el resto del continente, en actividades poco “rentables” y, con ello, escasas para la mayor parte de la gente.

Lo que resta: pensar la desarticulación geográfica del capital

Uno de los esfuerzos más importantes del trabajo de David Harvey es explicar las soluciones espaciales que se construyen para enfrentar las crisis congénitas del capital.

⁸ Véase: <https://encuestadeconsumo.sinca.gob.ar/libros>.

Desplazar actividades productivas, relocalizar fuerza de trabajo, cercar tierras, diferenciar desigualmente regiones productivas, reprimarizar economías o destruir capitales y reconstruirlos, son solo algunas de las soluciones que a lo largo de 500 años se ejercitan para mantener en pie la economía capitalista. Estos procesos parecen perder fuerza de totalización a escala planetaria, y empiezan a operar por regiones, con resultados heterogéneos.

Si bien en Argentina no se disputa la definición de las soluciones espaciales del capitalismo, si se experimentan varios escenarios, en los que se vive un futuro-presente del proyecto civilizatorio capitalista. Es el octavo país más grande del mundo, el segundo con menor densidad de población en América Latina, con 47 millones de habitantes en 2 780 millones de kilómetros cuadrados; con una diversidad de ecosistemas (selva, bosque, desierto, estepa, sabana, costas marinas, humedales, glaciares y zona ártica); una población educada y calificada; con un sistema de salud pública; con el mayor consumo cultural per cápita del continente. Hay varias dinámicas sociales dislocadas del capitalismo, que sirven para entender cuáles son las trayectorias del quiebre del relativo equilibrio sistémico, además de poder discernir el fin de algunas de las claves civilizatorias capitalistas.

Por ejemplo, con las restricciones del mercado, en especial el acceso a las tecnologías no sólo se incumplen las políticas de ciencia y tecnología, tan promovidas como vías de desarrollo a nivel planetario, también se desencaja una de las dinámicas de socialización más eficientes para el capitalismo en las últimas décadas: vivir frente a las pantallas. No obstante, 87% de la población cuenta con acceso a internet, pero sólo 42% lo hace a través de una computadora, según datos del INDEC.

En Argentina, y de manera creciente en el conjunto del sistema-mundo, todo parece funcionar, pero debajo de esa apariencia aparecen por lo menos cinco interrogantes sobre el funcionamiento del capitalismo: ¿qué tendencias civilizatorias mantienen estabilidad? ¿a qué cohesión social dan lugar? ¿qué papel juegan en la reproducción de las relaciones de poder? ¿qué peso tienen en la creación de las bases materiales capitalistas? y ¿cómo contribuyen a la producción de valor? Lo que se juega no es la estructura económica capitalista, está en movimiento algo más amplio: su tendencia civilizatoria. En Argentina todo parece indicar que su funcionamiento es desencajado. El sistema se mueve, pero en direcciones que concentran las ganancias en pocas manos y que sin ninguna reserva justifican y defienden el fin de todo posible reparto de la riqueza social. De esa forma, la cohesión social se disloca, y se sientan las bases para quiebres económicos y sociales cada vez más profundos y peligrosos.

La precarización funciona como mecanismo de disciplinamiento social, la lucha política se reduce a la pelea por las condiciones de sobrevivencia; el aumento de la pobreza y la hambruna cumplen funciones represivas, se mata por falta de alimento y se crean nuevas ortopedias de los cuerpos mediante la administración de la escasez de comida. El aniquilamiento de los segmentos medios es la expresión cabal de la lucha de clases y el reacomodo de poder de las oligarquías locales y transnacionales, el fin de una “sociedad” de clases medias no demuestra el agotamiento del estado de bienestar, sino el éxito de las élites en la disputa de poder; el castigo a las actividades no rentables (libros, teatro, cine) da cuenta de una pelea por el control de los espacios de la crítica, misma que no deja de existir, pero se presenta como un objeto de lujo social, en una geografía en la que era parte del consumo cotidiano (hasta hace pocos años en los quioscos de revistas se podían adquirir libros a un precio bajo; o había decenas de funciones de teatro a precios accesibles para todos los estratos económicos).

Aunque el mercado no cumple sus promesas neoliberales, de pleno acceso y mecanismos diferenciados en el tiempo mediante el crédito, sigue siendo necesario. La especulación de los precios no alcanza a ser sustituida por otros mecanismos de intercambio y mucho menos por otras formas de producción. Con lo que parece que la tiranía del mercado es imposible de ser sustituida.

En el plano cultural, la imagería de una nación de clase media, producto del esfuerzo del trabajo y la capacidad creativa de las migraciones, frena la capacidad de imaginar y practicar interacciones colectivas por fuera de los dominios del consumo. El papel civilizador del trabajo, a pesar de no generar las condiciones que hasta hace algunos lustros eran extensivas (vivienda, ahorros, capacidad de consumo) sigue vigente. Y aunque hay 200 programas de asistencia social que benefician a 22 millones de personas con el objetivo de paliar los efectos de un empobrecimiento acelerado de la población,⁹ pervive en los sentidos comunes la idea del vigor y el sacrificio laborante como mecanismo necesario para una vida digna.

Finalmente, también está en juego la relación de las luchas políticas y los posibles diques a un capitalismo voraz. La acumulación de fuerza de las distintas expresiones de la lucha social en Argentina, a pesar de las embestidas que sufrió durante el siglo XX, conserva repertorios de acción que permiten negociar, así sea en condiciones adversas. Esa capacidad está cada vez más mermada, como resultado de la reorganización de las actividades productivas y de la falta de construcción de herencias políticas. Las condiciones para enfrentar ese capitalismo desbordado son otro de los escenarios de lucha que se pueden reconocer en Argentina, y sobre el que hay que seguir

⁹ Véase: https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/2018/05/gps_del_estado_nacional_2021.pdf.

reflexionando para entender los escenarios de la bifurcación sistémica. Las movilizaciones sociales deben reformular posturas y acciones frente al tema de la escasez, bajo un triple desplazamiento: la opulencia ficticia a la que muy pocos tienen acceso, la defensa de las condiciones de las heterogéneas formas de vida, y la necesidad de reformular el sistema de necesidades, dado que el consumismo a ultranza carece de bases materiales para seguir funcionando.

Bibliografía

- Banco central de la república argentina (BCRA) (2022a), “Tipos de cambio”, https://www.bcra.gob.ar/MediosPago/Tipos_de_Cambio_SML.asp.
- Banco central de la república argentina (BCRA) (2022b), “Reservas internacionales”, <https://www.bcra.gob.ar/Pdfs/PublicacionesEstadisticas/reservas1.pdf>.
- Centro de estudios metropolitanos (2022), *La informalidad y la precariedad laboral en la Argentina*, Buenos Aires, Centro de estudios metropolitanos.
- Instituto nacional de estadística y censos (INDEC) (2022), *Balanza de pagos, posición de inversión internacional y deuda externa*, Tercer trimestre de 2002, https://www.indec.gob.ar/uploads/informesdepreensa/bal_12_22CF13CFCBCA.pdf.
- Marcó de Pont, Alejandro (2022), “Los oligarcas argentinos y ucranianos son más letales que los misiles rusos”, *IADE: realidad económica*, Buenos Aires, Instituto argentino para el desarrollo económico, <https://www.iade.org.ar/noticias/los-oligarcas-argentinos-y-ucranianos-son-mas-letales-que-los-misiles-rusos>.
- Ministerio de economía (2022a), “La deuda en la administración central”, Buenos Aires, Ministerio de economía, https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/presentacion_gra769fica_3t222_ppt.pdf.
- Ministerio de economía (2022b), “Ahora 12”, <https://www.argentina.gob.ar/economia/comercio/ahora12>.
- Ministerio de economía (2022c), “Recaudación tributaria anual: nominal y % del PIB”, Buenos Aires, Ministerio de economía, <https://www.argentina.gob.ar/economia/ingresospublicos/recaudaciontributaria>.

FRONTERAS DEL CAPITAL

Análisis de los intentos corporativos por relanzar la acumulación de capital. La ciencia y la tecnología como palancas del sistema, puestas en perspectiva.

Inteligencia artificial y acumulación en el capitalismo contemporáneo

*Cristóbal Reyes**

Las interpretaciones dominantes sobre las nuevas tecnologías y la inteligencia artificial afirman que nos encontramos en el umbral de una nueva era de cambio tecnológico acelerado que traerá consigo un renovado dinamismo económico y profundas transformaciones en todos los ámbitos de la vida humana (Brynjolfsson y McAfee, 2014; Schwab, 2016). Frente a este tecno-optimismo, en el presente artículo nos preguntamos por las características, potencialidades y limitaciones de la inteligencia artificial –como parte del núcleo tecnológico en el capitalismo contemporáneo– para brindar dinamismo al proceso de acumulación de capital. Para ello, en primer lugar, se plantea qué es la inteligencia artificial y algunas de sus principales características. En segundo lugar, se ubica a la inteligencia artificial en el contexto de las tendencias del despliegue del capitalismo, para identificarla en su historicidad. Posteriormente, se discuten algunas de las características actuales de la adopción de la inteligencia artificial, que contribuyen a explicar el impacto limitado de la adopción de la inteligencia artificial en la acumulación. Por último, se plantean algunas consideraciones finales.

El objetivo de este texto es proponer un análisis crítico de la inteligencia artificial y de su impacto en el proceso de acumulación, a partir de considerar las características

* Economista. Estudiante del doctorado en el Posgrado en Estudios Latinoamericanos, UNAM. Profesor en la Escuela Superior de Economía-IPN. Correo electrónico: cristobal.reyesn@gmail.com.

actuales de la adopción de dicha tecnología y las condiciones de la acumulación en el capitalismo contemporáneo.

¿Qué es la inteligencia artificial?

La inteligencia artificial surgió como área de investigación científica y desarrollo tecnológico en 1956, cuando se llevó a cabo el *Dartmouth Summer Research Project on Artificial Intelligence* (Proyecto de investigación de verano sobre inteligencia artificial) en el Dartmouth College en New Hampshire, Estados Unidos.¹ Se trató del primer encuentro sobre inteligencia artificial, que dio nombre a esa área de desarrollo científico y tecnológico.

En la convocatoria para la Conferencia de Dartmouth, los organizadores del evento definieron a la inteligencia artificial de la siguiente manera: “el problema de la inteligencia artificial consiste en hacer que una máquina se comporte de maneras que se considerarían inteligentes si un humano se comportara así” (McCarthy, Minsky, Rochester & Shannon, 1955).² Posteriormente, Marvin Minsky, fundador del Laboratorio de inteligencia artificial del Instituto de tecnología de Massachusetts (MIT), la definió como “la ciencia de hacer que las máquinas hagan cosas que requerirían inteligencia si fuesen hechas por un humano” (Minsky, 1968: v).³ En las definiciones

¹ Desde sus orígenes, la inteligencia artificial guarda una estrecha relación con el ámbito militar, tanto en su financiamiento como en sus aplicaciones. La conferencia de Dartmouth fue financiada por la Agencia de proyectos de investigación avanzados de defensa (DARPA, por sus siglas en inglés) de Estados Unidos (Bringsjord y Govindarajulu, 2018). En ese sentido, Bruce Buchanan (2006: 60) afirma que “el apoyo de DARPA [...] ha sostenido gran parte de la investigación sobre IA en Estados Unidos durante décadas: [“DARPA’S support ... has sustained much AI research in the U.S. for many decades”].

² “For the present purpose the artificial intelligence problem is taken to be that of making a machine behave in ways that would be called intelligent if a human were so behaving” (McCarthy, Minsky, Rochester & Shannon, 1955).

³ “The science of making machines do things that would require intelligence if done by men” (Minsky, 1968: v).

seminales, la inteligencia artificial fue entendida como un área de investigación científica y desarrollo tecnológico cuyo objetivo era construir sistemas “inteligentes” (entendidos como sistemas que perciben, razonan, actúan, etcétera) a partir de máquinas. Desde los inicios de la inteligencia artificial, las máquinas que sirven como base para su desarrollo e implementación son las computadoras digitales. Por esa razón, la inteligencia artificial también es conocida como “inteligencia de máquinas” o “inteligencia computacional”.

La pretensión inicial de los pioneros en inteligencia artificial consistía en construir sistemas que replicaran la inteligencia humana en su conjunto. Aunque esa intención no se ha abandonado del todo, en la actualidad la mayor parte de la investigación en inteligencia artificial no busca construir un doble de la inteligencia humana —objetivo que suele considerarse ambiguo e inabarcable por su complejidad—, sino producir aplicaciones que superen en velocidad, precisión y eficiencia el desempeño de una persona promedio en tareas específicas (como el reconocimiento de imágenes, reconocimiento de voz, el análisis de grandes cantidades de datos, traducciones, entre otras).

Durante décadas, la inteligencia artificial avanzó lentamente y el objetivo de producir sistemas inteligentes se mantuvo esquivo, aun cuando hubo avances importantes como los “sistemas expertos” en las décadas de 1980 y 1990. No obstante, la década de 2010 marcó un punto de inflexión en el desarrollo de estas tecnologías, en la aceleración de las innovaciones y en la expansión de su uso.

Un hito en la historia de la inteligencia artificial fue, en 2012, cuando Geoffrey Hinton —profesor de la Universidad de Toronto e investigador en Google desde

2013— y su equipo ganaron la competencia de reconocimiento automático de imágenes llamada ImageNet. Mediante el uso de las llamadas redes neuronales artificiales,⁴ este equipo de investigadores logró que su sistema de inteligencia artificial identificara imágenes con una precisión de 85% en 2012; tres años después, consiguieron superar el desempeño humano en el reconocimiento de imágenes (los humanos aciertan en promedio 95%) al lograr una precisión de 96% (The Economist, 2016). Otro parteaguas en la historia reciente de la inteligencia artificial se dio entre 2016 y 2017, cuando el sistema AlphaGo —desarrollado por Google DeepMind— venció en el juego de tablero de estrategia go a Lee Sedol y Ke Jie, los mejores jugadores del mundo. AlphaGo también se basa en redes neuronales artificiales y en algoritmos de aprendizaje profundo (*deep learning*).

Ciertamente, en años anteriores hubo hitos similares en la historia de la inteligencia artificial, como el triunfo de Deep Blue de IBM sobre el campeón mundial de ajedrez Gary Kasparov en 1997. No obstante, lo que distingue a los logros previos respecto de los actuales es que mientras que aquellos tenían pocas posibilidades de aplicación práctica, los avances recientes tienen numerosas aplicaciones y su uso es rentable, lo que ha llevado a que la inteligencia artificial deje de estar confinada en los laboratorios universitarios para tener múltiples usos comerciales e impactar en la vida cotidiana de millones de personas. En este sentido, autores como Kai-Fu Lee (2018) afirman que en la segunda década del siglo XXI la inteligencia artificial dio un paso definitivo de la “era de los descubrimientos” hacia la “era de la implementación”.

⁴ Las “redes neuronales artificiales” son un enfoque de investigación en inteligencia artificial que intenta replicar la estructura del cerebro y las conexiones entre las neuronas mediante el uso de los microprocesadores y el software. Este enfoque existe desde la década de 1950, pero fue marginal durante varias décadas debido —entre otras razones— a la limitada capacidad de procesamiento de las computadoras.

Las principales condiciones de este auge reciente de la inteligencia artificial son: 1) la extracción masiva y acelerada de datos digitales, que hacen posible un conocimiento detallado del mundo físico y de las prácticas sociales en entornos virtuales; 2) el aumento y abaratamiento en la capacidad de cómputo, así como la producción de chips especializados que se adecuan mejor a las necesidades de procesamiento de datos de los sistemas de inteligencia artificial; 3) la mejora en las técnicas de procesamiento de los datos (*machine learning* y *deep learning*), diseñadas para modificar de manera adaptativa y automática sus parámetros, de tal forma que su capacidad mejore paulatinamente. Otros elementos clave para la implementación de la inteligencia artificial son las mejoras en las infraestructuras de procesamiento de datos –la “computación en la nube”– y de telecomunicaciones –por ejemplo, las redes 4G y 5G.⁵

Actualmente, tras la “revolución del *deep learning*” (Sejnowski, 2018), la inteligencia artificial se entiende como “la capacidad de un sistema para interpretar datos externos correctamente, aprender de dichos datos y usar esos aprendizajes para lograr metas y tareas específicas a través de la adaptación flexible” (Kaplan y Haenlein, 2019: 17).⁶ Las definiciones contemporáneas destacan tres características de los sistemas de inteligencia artificial:

- *Adaptación flexible*: la capacidad de modificar adaptativamente su funcionamiento ante los nuevos datos que el sistema recibe de su entorno.
- *Aprendizaje*: la capacidad de incorporar informaciones para mejorar su desempeño.

⁵ Para una explicación más amplia de las condiciones tecnológicas de la implementación de la inteligencia artificial, véase Reyes (2021).

⁶ “Specifically, we define AI as a system’s ability to interpret external data correctly, to learn from such data, and to use those learnings to achieve specific goals and tasks through flexible adaptation” (Kaplan y Haenlein, 2019: 17).

- *Autonomía*: entendida como la capacidad de ejecutar un conjunto de tareas sin intervención humana o con mínima intervención.⁷

Los sistemas de inteligencia artificial representan un salto cualitativo en la historia de la tecnología, pues por primera vez se han producido sistemas tecnológicos cuyo funcionamiento mejora de manera automática y adaptativa por encima de las capacidades con las cuales fueron diseñados originalmente. La capacidad de auto-mejoramiento adaptativo es la mayor novedad que representan los sistemas de inteligencia artificial.

Pese a la enorme complejidad técnica implícita en los sistemas de inteligencia artificial, la idea subyacente a su funcionamiento es relativamente simple: se usan métodos estadísticos y probabilísticos para identificar correlaciones matemáticas en grandes series de datos con el objetivo de hacer predicciones y tomar decisiones de manera automatizada. Por ello, autores como Ajay Agrawal, Joshua Gans y Avi Goldfarb (2018) consideran que los sistemas de inteligencia artificial son fundamentalmente “máquinas predictivas”.

Comúnmente, se considera a la inteligencia artificial como parte de las “nuevas tecnologías”, denominación genérica bajo la que se agrupa a una serie de innovaciones recientes como el internet de las cosas, las impresoras 3D, la cadena de bloques (*blockchain*), los vehículos autónomos y los sistemas de realidad aumentada, entre otras. Lo que distingue ventajosamente a la inteligencia artificial de las otras mencionadas es su carácter transversal, pues se trata de una *tecnología de propósito general* (Trajtenberg, 2018) que se puede aplicar potencialmente en todas las actividades económicas y sociales. Además, algunas de las nuevas tecnologías —como el internet de las

⁷ Aunque los sistemas de inteligencia artificial son diseñados para ejecutar tareas sin necesidad de validación humana inmediata, es importante señalar que los objetivos de dichos sistemas son definidos previamente por humanos. Sus mejoras radicales también dependen de la intervención humana.

cosas y los vehículos autónomos— son, de hecho, aplicaciones de la inteligencia artificial. Así, la inteligencia artificial es probablemente el elemento más potente del núcleo tecnológico del capitalismo contemporáneo, así como el que tiene mayores posibilidades de aplicación masiva y generalizada.

La importancia de la inteligencia artificial radica en que se trata de una tecnología que es a la vez de vanguardia y de propósito general. Debido a estas características, la inteligencia artificial es considerada como la tabla de salvación de un capitalismo aquejado por la baja rentabilidad y el lento crecimiento económico. A partir de su uso, se busca apuntalar los procesos de acumulación y reorganizar las relaciones de poder en el contexto de una prolongada depresión económica en los últimos lustros.

Antes de discutir las posibilidades de que el uso de la inteligencia artificial inyecte dinamismo al proceso de acumulación, consideremos algunas de sus características en el contexto de las tendencias generales del capitalismo como sistema histórico.

La inteligencia artificial como realización cimera de las tendencias del desarrollo capitalista

En la mayor parte de la bibliografía sobre inteligencia artificial, se enfatiza de manera unilateral lo que esa tecnología representa de novedoso. De esa manera, se incurre en una interpretación ahistórica, que pasa por alto las relaciones sociales, imperativos, etcétera, que configuran a las tecnologías modernas. Para una economía política de la inteligencia artificial, es relevante considerar a esta tecnología en el marco de las ten-

dencias del desarrollo capitalista. La inteligencia artificial reproduce, actualiza y reconfigura las relaciones de explotación y dominio características del capitalismo.⁸ Al mirar a esta tecnología bajo ese prisma, se percibe que es más lo que tiene de continuidad que de ruptura –sin que ello implique desestimar sus potencialidades. Por tanto, no nos encontramos ante una ruptura radical en la historia de la humanidad (Brynjolfson y McAfee, 2014), sino ante un capitalismo que dispone de nuevas capacidades tecnológicas, a partir de las cuales se busca reorganizar el proceso de acumulación y redefinir las capacidades de apropiación de lo humano y lo no humano.

La inteligencia artificial es la realización más compleja y avanzada hasta el momento de múltiples tendencias interrelacionadas que caracterizan el despliegue del capitalismo como sistema histórico, entre las que se encuentran la subsunción del conjunto de la vida social por el capital, la objetivación de las capacidades físicas e intelectuales de los trabajadores en los dispositivos técnicos y la tendencia a la automatización del conjunto de la reproducción social. A continuación, se abordan brevemente estas tendencias.

Cada nuevo desarrollo de la tecnología capitalista implica un mayor nivel de *subsunción* del proceso de reproducción social al proceso de valorización. Desde la invención de la maquinaria moderna, las modificaciones tecnológicas incorporadas en el proceso de reproducción capitalista no han significado cambios en su esencia, sino “avances dentro del mismo proceso de subsunción, que lo profundizan y lo amplían” (Ceceña, 1990: 16). El cambio tecnológico impulsado por los capitales en su incesante

⁸ Al respecto, Jathan Sadowski (2020) afirma: “no estamos presenciando una ruptura disruptiva en la historia, sino una nueva forma de reempaquetar, reproducir y revitalizar las estructuras sociales y las relaciones económicas anteriores” [“We are not witnessing a disruptive break from history but rather a new way of repackaging, reproducing, and revitalizing the social structures as well as economic relations that came before”].

búsqueda de apropiarse de ganancias extraordinarias⁹ conduce a que el capital domine cada vez más ámbitos de vida social y los incorpore en el proceso de valorización.¹⁰ Por ejemplo, con la invención del automóvil se crearon nuevas necesidades, nuevos mercados, se modificó la organización social del tiempo y el espacio, las prácticas sociales, etc., de manera que la movilidad humana cambió definitivamente al ser incorporada de una nueva manera en el proceso de valorización (Gorz, 2009). Con ello, se profundiza y amplía el grado de subsunción de la reproducción social al capital.

Un tema ampliamente discutido sobre la manera en que el uso de las tecnologías digitales y la inteligencia artificial da pie a nuevas prácticas es lo que Zuboff (2019) llama “capitalismo de vigilancia”: la capacidad de las corporaciones que controlan estos sistemas tecnológicos para intervenir en las subjetividades, modificar los comportamientos y prácticas de las personas, moldear sus deseos, etcétera. Otros autores como Éric Sadin (2017 y 2018), haciendo eco de las reflexiones sobre la cibernética como tecnología de gobierno, advierten que los sistemas de inteligencia artificial, con su presunta superioridad sobre las capacidades humanas, incluso podrían suplantar a las personas en la toma de decisiones sobre la vida en común mediante la gubernamentalidad algorítmica.

⁹ La adopción de las nuevas tecnologías permite a las empresas que lideran su implementación apropiarse de ganancias extraordinarias. La posibilidad de que una empresa se apropie de ganancias extraordinarias no es permanente, sino que dura mientras las tecnologías que permiten una mayor productividad son superiores a la media y no se generalizan. Una vez que las tecnologías se generalizan –lo que suele tomar tiempo, pues el cambio tecnológico es un proceso de mediano plazo–, las ganancias extraordinarias desaparecen. Las “leyes coercitivas de la competencia” (Marx, 2011: 384) impulsan a las empresas a innovar para apropiarse de ganancias superiores a la media y obligan al resto a acelerar su adopción de las nuevas tecnologías, *so pena* de desaparecer.

¹⁰ “La subsunción real caracteriza a la fábrica moderna, con su constante revolución de las técnicas y métodos de la producción. [...] El capital, [...] al revolucionar la producción revoluciona las propias demandas y necesidades, expandiendo los mercados, provocando nuevas necesidades, creando nuevos productos y nuevas esferas en las que hace su aparición la producción de valores de cambio en pos de más valor, la producción por la ganancia” (Mandel, 2005, p. 87).

Lo que está en juego con los novedosos procesos destacados por estos autores no es, como afirma reiteradamente Zuboff, una “mutación canalla” (*rogue mutation*) del capitalismo a partir del uso de los sistemas digitales complejos que usan inteligencia artificial, sino la incorporación al proceso de valorización de aspectos de la vida social que se habían mantenido ajenos a este, así como avances —en amplitud y profundidad— en la *subsunción* de la reproducción social por el capital.

El medio más importante para llevar adelante esta subsunción del proceso de reproducción social por el capital es la objetivación de las capacidades y saberes de los trabajadores en los dispositivos técnicos. En los *Grundrisse*, Karl Marx planteó que “la acumulación del saber y de la destreza, de las fuerzas productivas generales del cerebro social, es absorbida así, con respecto al trabajo, por el capital y se presenta por ende como propiedad del capital” (Marx, 2016: 220). A través de la objetivación de las capacidades humanas en las máquinas, el capital enajena la fuerza productiva del trabajo social y la invierte como potencia suya; de esa manera, lo que era actividad del trabajador se convierte en actividad de la máquina. Mediante el uso de la maquinaria, el capital multiplicó la productividad del trabajo social, sustituyó al sujeto trabajador, se emancipó de los límites inherentes a la fuerza de trabajo individual —pues la maquinaria la supera en fuerza, velocidad, precisión, regularidad, etcétera— y acrecentó la producción de plusvalor.

En la década de 1990, Ana Esther Ceceña (1990, 1995, 1998a y 1998b) tomó como base las reflexiones de Marx sobre la maquinaria para discutir la especificidad de la electroinformática, que se consolidó como paradigma tecnológico en la reestructuración capitalista tras la crisis de la década 1970. Para Ceceña, así como la máquina-herramienta sustituyó al trabajador de los procesos de producción al objetivar

sus habilidades manuales, la electroinformática incorporó algunas capacidades mentales del trabajador: “con la introducción de la microelectrónica y la informática, se establece la posibilidad de la objetivación de los principios básicos del razonamiento lógico y de su articulación con el proceso de producción” (Ceceña, 1995, p. 49).

En el momento en que Ceceña estudió la electroinformática, en la década de 1990, destacó dos capacidades mentales del sujeto trabajador objetivadas en las computadoras: las capacidades para almacenar información y para procesarla de acuerdo con ciertos fines (Ceceña, Palma y Amador, 1995). Desde entonces, las funciones de las tecnologías digitales se han complejizado. Al ubicar las nuevas tecnologías como parte de este largo proceso impulsado por el capital para objetivar las habilidades de los trabajadores y ponerlas a su servicio, se puede señalar que las capacidades más importantes objetivadas en los sistemas de inteligencia artificial son las de adaptación flexible, aprendizaje y autonomía —previamente mencionadas.

El análisis de la objetivación de las capacidades físicas e intelectuales del sujeto trabajador pone de manifiesto que la tecnología es el medio más poderoso del que dispone el capital para dominar, disciplinar, sustituir, descalificar y aumentar la explotación de los trabajadores. Los sistemas de inteligencia artificial representan un paso adelante en este proceso de objetivación de las potencias físicas e intelectuales necesarias para llevar a cabo el proceso de reproducción social y en su conversión en poderes del capital sobre los trabajadores.

La objetivación de las capacidades de los trabajadores está estrechamente vinculada con otra de las tendencias históricas más importantes del capitalismo: la automatización de los procesos de (re)producción. Las tecnologías digitales representaron un salto cualitativo en el proceso de automatización mediante el desarrollo de la

computadora y los robots. La objetivación de las capacidades intelectuales del “trabajador colectivo” no fue excluyente con la continuidad de la objetivación de sus capacidades físicas y la automatización manual, sino que la llevó a un nivel superior en las tecnologías de automatización flexible.

La competencia intercapitalista impulsa a los capitales a desarrollar las fuerzas productivas y a perfeccionar tendencialmente la *automatización*. Con el desarrollo capitalista, la automatización se fue apoderando de cada vez más ámbitos de la vida social. Como analizó Ernest Mandel (1979), en el capitalismo de la segunda posguerra, “la mecanización, la estandarización, la superespecialización y la parcelación del trabajo, que en el pasado determinó sólo el dominio de la producción de mercancías en la industria propiamente dicha, penetra ahora en todos los sectores de la vida social”. La automatización de los procesos de circulación y consumo permite acelerar la rotación del capital, reducir los tiempos y costos de circulación, hacer más eficientes y competitivos a los capitales que introducen la automatización, crear nuevos espacios para la valorización, entre otras.

En la moderna sociedad capitalista no sólo se tiende a automatizar los procesos de producción, sino la reproducción social en su conjunto. La inteligencia artificial es la forma histórica más avanzada hasta ahora de este impulso secular del capital por automatizar y controlar el conjunto de la vida social. Aunque todavía no es claro cuál será su alcance e impacto efectivo, los principales avances en inteligencia artificial apuntan en el sentido de ampliar las capacidades para automatizar funciones y, en consecuencia, sustituir a los trabajadores que las desempeñan (Taddy, 2018).

En suma, la inteligencia artificial es resultado de las principales relaciones e imperativos que impulsan el cambio tecnológico en el capitalismo: la competencia intercapitalista, la búsqueda de ganancias extraordinarias y la necesidad por parte de los

capitales de profundizar el control y la disciplina sobre la clase trabajadora. Asimismo, la inteligencia artificial es la realización cimera de las tendencias a la automatización, a la subsunción y a la objetivación de las capacidades humanas en los dispositivos tecnológicos. Considerar a la inteligencia artificial como parte de estos procesos del desarrollo capitalista permite comprender de mejor manera las potencialidades y limitaciones de su adopción.

Consideraciones sobre el impacto de la inteligencia artificial en la productividad y la rentabilidad

En las secciones anteriores, se han señalado las principales características de la inteligencia artificial y se ha insistido en que se trata de una de las tecnologías más complejas en la historia de la modernidad. Ahora bien, considerando las enormes potencialidades que entraña la inteligencia artificial, ¿por qué ha tenido un impacto tan limitado en la productividad y en la rentabilidad de los capitales?, ¿en qué medida su uso puede contribuir a relanzar la acumulación de manera dinámica en el conjunto del sistema? Poniendo en perspectiva las particularidades de la digitalización,¹¹ hay dos procesos que es importante considerar para evaluar el impacto actual y potencial de la inteligencia artificial: 1) la escasa adopción de las tecnologías digitales en la producción, incluso en Estados Unidos —el “país-núcleo” de este paradigma tecnológico—; y 2) su impacto limitado sobre la productividad.

En una encuesta a manufactureras estadounidenses realizada en 2016, el McKinsey Global Institute (2017) documentó que la adopción de la digitalización por las

¹¹ Puesto que la inteligencia artificial es la aplicación más compleja de las tecnologías digitales, las características existentes de adopción de la digitalización condicionan la implementación de la inteligencia artificial; asimismo, los límites observados en la adopción de las tecnologías digitales constituyen obstáculos de punto de partida para la implementación de la inteligencia artificial.

empresas en Estados Unidos era incipiente y su ritmo, lento. Según el informe de McKinsey Global Institute, la mitad de las empresas manufactureras estadounidenses no habían adoptado la digitalización en sus procesos ni tenían planes inmediatos para hacerlo.¹² La brecha de adopción era aún más significativa al comparar a las empresas según su tamaño: las grandes empresas son líderes en la implementación y uso de sistemas digitales complejos y, por tanto, están mejor posicionadas para la adopción de la inteligencia artificial; las empresas manufactureras de menor tamaño presentan un rezago significativo en la adopción de tecnologías digitales y se encuentran en una situación desventajosa para la implementación de la inteligencia artificial. La adopción polarizada de las aplicaciones más complejas de la digitalización genera diferencias significativas de productividad y de rentabilidad entre las empresas, con ventajas para el gran capital.¹³ La brecha en la implementación de las tecnologías digitales también está presente entre industrias y al interior de otras industrias. Las situaciones descritas constituyen obstáculos para que el uso de los sistemas de inteligencia artificial sea masivo y generalizado, condición para que su impacto en la productividad y la rentabilidad sea significativo.

Si esta es la situación en Estados Unidos —el país líder en el desarrollo de tecnologías digitales y sede de las mayores empresas del sector—, el rezago en la adopción de las tecnologías digitales es aún más significativo *entre* países, así como entre empresas *al interior* de los países periféricos. Sobre esta base, la difusión mundial de la

¹² “Una encuesta reciente de McKinsey a 400 empresas manufactureras encontró que aproximadamente la mitad no tenían una ‘hoja de ruta’ digital” [“a recent McKinsey survey of 400 manufacturers found that roughly half had no digital road map”] (McKinsey Global Institute, 2017: 15).

¹³ “Se han abierto brechas de productividad significativas entre las grandes empresas y los pequeños y medianos productores que son incapaces de invertir en nuevo equipo y tecnologías” [“Significant productivity gaps have opened up between large firms and small and midsize producers that are unable to invest in new equipment and technologies”] (McKinsey Global Institute, 2017: 5).

inteligencia artificial será heterogénea y altamente concentrada. Aunado a ello, ya que la producción de los elementos estratégicos que permiten el funcionamiento de la inteligencia artificial –los chips especializados, así como el diseño de los algoritmos de aprendizaje profundo– se concentra en unas cuantas corporaciones transnacionales con sede en pocos países, especialmente en Estados Unidos y China, las ganancias resultantes de la producción de las bases para su implementación también están sumamente concentradas.

En segundo lugar, el impacto de las tecnologías digitales sobre la productividad agregada es limitado. Según el informe de McKinsey Global Institute, el bajo nivel y ritmo de adopción de las tecnologías digitales por las empresas manufactureras en Estados Unidos tiene consecuencias negativas para el crecimiento de la productividad.¹⁴ De acuerdo con Erik Brynjolfsson, Daniel Rock y Chad Syverson (2017: 4), la tasa de crecimiento de la productividad agregada en Estados Unidos promedió 1.3% anual en el periodo 2005-2016, menos de la mitad que en la década previa, de 1995 a 2004, cuando fue de 2.8%. Así, la década más reciente, cuando el uso de las tecnologías digitales se intensificó notablemente y sucedió la “revolución del *deep learning*”, coincide con un marcado declive en la tasa de crecimiento de la productividad agregada. Robert Gordon (2016) presenta resultados similares y sugiere que los efectos de las nuevas tecnologías sobre la productividad seguirán siendo reducidos.

Esta situación llevó a que Brynjolfsson, Rock y Syverson (2017) hablen –en alusión a la “paradoja de la productividad” de las tecnologías digitales, ampliamente discutida en la década de 1990– de una “moderna paradoja de la productividad” de la

¹⁴ “El ritmo relativamente lento de adopción digital del sector manufacturero estadounidense ha sido un obstáculo en el desempeño de su productividad” [“The US manufacturing sector’s relatively slow pace of digital adoption has been a drag on its productivity performance”] (McKinsey Global Institute, 2017: 15).

inteligencia artificial: a diferencia de lo que se esperaba, los sistemas de inteligencia artificial han tenido un impacto muy limitado sobre el crecimiento de la productividad. Brynjolfsson *et al.* consideran que esto se debe principalmente al rezago entre la introducción de los sistemas de inteligencia artificial y el momento en que su impacto en la productividad se vuelve conmensurable, así como a la difusión aún incipiente de los sistemas de inteligencia artificial más potentes –basados en las técnicas de aprendizaje automático y aprendizaje profundo– cuya invención es muy reciente. Pese a esos rezagos, Brynjolfsson y Petropoulos (2021) consideran que la adopción generalizada de la inteligencia artificial es cuestión de tiempo y que se aproxima una época de crecimiento acelerado de la productividad. Por su parte, Kai Fu Lee (2018) considera que faltan años para que la inteligencia artificial alcance su plena expansión y madurez. Finalmente, autores como Carlota Pérez consideran que las mejoras en productividad se han concentrado en los nuevos sectores y que hace falta que se expandan en el conjunto de la economía, momento en que podrían provocar aumentos en la productividad.

Las características descritas por el McKinsey Global Institute, así como por Brynjolfsson *et al.*, dan cuenta de una dinámica compleja y contradictoria en la adopción de las tecnologías digitales, caracterizada por: a) una difusión limitada, que reorganiza la producción de manera parcial y no logra reestructurar el conjunto; b) la tendencia a la conformación de una estructura productiva polarizada: de un lado, actividades y capitales con un bajo nivel de digitalización, cuya productividad crece lentamente y que obtienen pocas ganancias; del otro lado, actividades y capitales con un alto grado de digitalización, gran dinamismo y que se apropian de ganancias extraordinarias como resultado de su posición de liderazgo en la adopción de las nuevas

tecnologías.¹⁵ Con el elevado grado de monopolización característico del capitalismo contemporáneo, el aumento de la productividad y las ganancias extraordinarias que resultan del uso de la inteligencia artificial se concentran en las actividades y empresas líderes en su adopción, que son las principales beneficiarias de este proceso.

Desde nuestra perspectiva, el impacto limitado de la inteligencia artificial sobre el aumento de la productividad no es una anomalía, sino que es resultado de las características de su adopción, que como se ha señalado es concentrada, fragmentaria y poco dinámica. Un impacto generalizado en la productividad agregada a partir de una adopción fragmentaria y concentrada sólo podría ser resultado de un acto de magia. Dadas las condiciones actuales de adopción de las tecnologías digitales y la inteligencia artificial, resulta lógico que su impacto en la productividad sea moderado en el conjunto de la economía.

Por otra parte, algo relevante que los argumentos sobre la “paradoja de la productividad” suelen pasar por alto es que la invención de tecnologías como las computadoras personales, internet o los smartphones han implicado un auténtico cambio civilizatorio al transformar cualitativamente la mayoría de las prácticas sociales; asimismo, con su invención se han expandido las fronteras del capital al abrir nuevos campos de mercantilización y de valorización. Las medidas convencionales de productividad son insuficientes para captar la complejidad de estos procesos.

Otra razón del impacto aún acotado de la inteligencia artificial es que una parte importante de las aplicaciones e innovaciones se concentran en actividades cuya capacidad de arrastre sobre el conjunto es muy limitada (Husson, 2021). Hasta ahora,

¹⁵ En este sentido, Rivera, Lujano y García (2019) consideran que “la tecnología digital [...] tiende a generar una elevada centralización con el efecto consabido de concentrar las ganancias entre los capitalistas más poderosos”.

los sistemas de inteligencia artificial han transformado más la circulación y el consumo que los procesos productivos.¹⁶ Tomemos como ejemplo dos de los sistemas de inteligencia artificial más avanzados y conocidos en la actualidad: GPT-3 y DALL-E. GPT-3 es un sistema de generación de textos que simula la redacción humana, desarrollado por el laboratorio OpenAI. Por otra parte, DALL-E –también desarrollado por OpenAI– genera imágenes a partir de entradas con descripciones textuales. Pese a que el funcionamiento de ambos sistemas de inteligencia artificial ha sido calificado como “sorprendente” o “aterrador”, y aun cuando su uso le quita el sueño a periodistas y diseñadores gráficos, su capacidad para impulsar la productividad en el conjunto del sistema es ínfima.

Andrew Ng, fundador del proyecto Google Brain y director del laboratorio de inteligencia artificial de la Universidad de Stanford, señala algunas razones técnicas que dificultan la aplicación de esta tecnología en numerosas actividades: la disponibilidad de bases de datos pequeñas, así como la heterogeneidad de los productos y procesos de producción. Actualmente, el enfoque dominante en el desarrollo de los sistemas de inteligencia artificial, que se basa en las redes neuronales artificiales y en el *deep learning*, es intensivo en el uso de datos. Los sistemas de inteligencia artificial más potentes en la actualidad –como GPT-3 o DALL-E– se “entrenan” con miles de millones de imágenes o de textos. Esta aproximación ha resultado muy útil para las empresas de servicios de internet, que disponen de bases de datos masivas y bien codificadas. No obstante, ese enfoque resulta inadecuado para otras actividades que

¹⁶ De manera análoga, en el *Estudio económico de América Latina y el Caribe 2021*, la Cepal (2021: 188) señala que “en el contexto de la cuarta revolución industrial, nuevamente los masivos cambios tecnológicos no han tenido un impacto muy profundo en las estadísticas de productividad en el agregado. Frente ello, se ha planteado como explicación que las nuevas tecnologías (hasta ahora) han transformado más el consumo y los hogares que los procesos productivos”.

no disponen de series de datos tan grandes. Por ejemplo, a diferencia de Meta, que dispone de cientos de miles de millones de imágenes generadas por sus casi 3 mil millones de usuarios para entrenar sus sistemas de reconocimiento facial, una mediana empresa manufacturera dispone de apenas unas decenas de imágenes distintas de las mercancías que produce y requiere de un sistema de inteligencia artificial especializado para cada tipo de mercancía (Ng, 2022). Esto también genera problemas de economías de escala para las empresas pequeñas y medianas, que a diferencia del gran capital no pueden destinar enormes cantidades de dinero a contratar cientos de ingenieros en inteligencia artificial para adecuar esta tecnología a sus necesidades específicas. Por ello, Ng y otros investigadores trabajan en aproximaciones que permitan a las empresas que disponen de bases de datos limitadas adoptar los sistemas de inteligencia artificial.

Visto desde la crítica de la economía política, se puede plantear la hipótesis de que actualmente los sistemas de inteligencia artificial contribuyen a reducir los costos de circulación (al automatizar funciones como la atención a clientes, la generación de publicidad personalizada, la gestión de inventarios, etc.) y a acelerar la rotación del capital, pero tienen un impacto restringido sobre el proceso de producción, con lo cual las ventajas de su aplicación son parciales. Como afirma David Harvey (2016: 93), “los gastos y el trabajo empleados en la circulación del capital tienen que costearse mediante deducciones al valor y al plusvalor producido en la producción”. Por tanto, para los capitales es benéfico implementar tecnologías para reducir los costos de circulación y volver más eficiente el conjunto de la reproducción, pues de esa manera hay una mayor cantidad de plusvalor que puede ser apropiado como ganancia. En ese sentido, la introducción de la inteligencia artificial en los procesos de circulación, administración, etc., hace posible un aumento en la apropiación de plusvalor y

de ganancias. No obstante, si no revoluciona el proceso de producción, el potencial de esta tecnología sólo se aprovecha de manera parcial.

De esta forma, pese a las grandes capacidades tecnológicas que la inteligencia artificial entraña, hay dos características actuales de su adopción que limitan su impacto sobre la productividad y la rentabilidad en el conjunto del sistema: 1) su aplicación en los procesos de producción es muy restringida; y 2) su adopción no ha alcanzado la masividad que requiere una revolución productiva generalizada –aun cuando es fuente de ganancias extraordinarias para los capitales individuales que lideran su implementación.

Los cambios tecnológicos y organizativos que provoca la implementación de la inteligencia artificial son profundos, pero concentrados. Llevan a una reorganización desigual y polarizada de los procesos de reproducción, comandada por las grandes corporaciones transnacionales. Las transformaciones productivas y la elevación de la productividad se concentran en el gran capital, en particular en el gran capital digital, que sobre esas nuevas bases reorganiza la heterogeneidad estructural y vuelve más eficientes los procesos en su beneficio –y en detrimento de los capitalistas pequeños y medianos, así como de grandes capitales que operan en industrias “tradicionales”. Un resultado de este proceso es la apropiación de ingentes ganancias extraordinarias y “rentas tecnológicas” (Mandel, 1979; Echeverría, 2005) por el gran capital, mientras la mayor parte de las empresas tienen poco dinamismo y baja rentabilidad.

La pregunta que plantea este panorama es si la generalización de la inteligencia artificial es sólo cuestión de tiempo; es decir, si tardará pero terminará por ocurrir. Desde nuestro punto de vista, las características del capitalismo del siglo XXI, en particular la sobreacumulación generalizada, constituyen un freno decisivo para la adopción sustancial de esta tecnología. De modo que la cuestión que marcará los años por

venir en este terreno reside en las consecuencias de una adopción sumamente polarizada de la inteligencia artificial en torno a las empresas líderes, cuestión que acentuaría la desarticulación de los tejidos productivos en escala nacional y regional, y fortalecería las capacidades productivas de las grandes corporaciones transnacionalizadas.

Consideraciones finales

Un último tema a considerar aquí es si la inteligencia artificial puede ser una tecnología que abra paso hacia una nueva fase expansiva en la acumulación del capital.

El análisis de las ondas largas del desarrollo capitalista sugiere que la existencia de nuevas tecnologías es condición necesaria pero no suficiente para dinamizar la acumulación (Mandel, 1979 y 1986). Aunque el cambio tecnológico es un elemento relevante del dinamismo del capitalismo, el pasaje de una fase de bajo dinamismo a una fase expansiva de la acumulación no depende exclusivamente de que el capital disponga de una tecnología potente. Por el contrario, están en juego otros procesos, como las condiciones de la lucha de clases y la emergencia de nuevos arreglos socio-políticos o institucionales —que resultan de esa lucha.¹⁷ Además, es necesario considerar las condiciones actuales de la acumulación del capital.

Al respecto, es importante señalar que las condiciones actuales de la acumulación representan a la vez condiciones de posibilidad y obstáculos para el despliegue de la inteligencia artificial. Por un lado, la sobreacumulación implica que hay grandes masas de capital que no encuentran espacios de inversión rentable, que podrían volcarse

¹⁷ “En otras palabras, la aparición de una nueva onda larga expansiva no puede considerarse como un resultado endógeno (más o menos espontáneo, mecánico, autónomo) de la precedente onda larga depresiva, cualquiera que sea la duración y gravedad de ésta. Lo que determina este punto de inflexión no son las leyes de movimiento del capitalismo, sino los resultados de la lucha de clases de todo un periodo histórico” (Mandel, 1986, p. 43).

masivamente a financiar el desarrollo e implementación de nuevas aplicaciones de la inteligencia artificial. Las revoluciones tecnológicas suceden cuando el capital ocioso se reincorpora al proceso de valorización.

No obstante, la plétora de capital ocioso sólo se reincorporará si hay un aumento en la rentabilidad general de los capitales; de lo contrario, el capital no se volcará a usos productivos o sólo lo hará de manera parcial.¹⁸ En términos económicos, los principales atolladeros del capitalismo contemporáneo —que representan también obstáculos a la adopción masiva de las nuevas tecnologías— son la baja tasa general de ganancia y la sobreacumulación de capital. La sobreacumulación, que aqueja al sistema desde la década de 1970, se agravó tras la crisis de 2008. Las crisis capitalistas cumplen una función depuradora, pues la destrucción y desvalorización del capital eliminan el peso muerto y generan las condiciones para dinamizar la acumulación al conducir a una elevación de la tasa de ganancia. La respuesta de los principales bancos centrales del mundo frente a la crisis de 2008-2009 —consistente en una política monetaria ultralaxa de emisión monetaria masiva y reducción en las tasas de interés a mínimos históricos para contener su estallido— han impedido que haya una destrucción de capital en escala masiva, lo que a su vez fomenta la sobreacumulación y obstaculiza la elevación de la rentabilidad.

La condición más importante para que la adopción de una nueva tecnología genérica sea masiva y generalizada es que su uso permita una elevación consistente de la rentabilidad general del capital. Hasta ahora, el uso de la inteligencia artificial conduce a la apropiación de ganancias extraordinarias y “rentas tecnológicas” para unas

¹⁸ Al respecto, es interesante notar que incluso las grandes corporaciones de tecnologías digitales, las principales beneficiarias del uso concentrado de las nuevas tecnologías, acumulan grandes cantidades de dinero en efectivo ocioso (The Economist, 2017).

pocas empresas, pero su adopción no ha alcanzado la escala necesaria para revolucionar las condiciones de la reproducción en su conjunto, por lo cual su impacto es limitado. Aún no es claro si el uso de esta tecnología de vanguardia permitirá crear nuevos espacios de valorización y apuntalar la rentabilidad.

Considerando las características actuales de su adopción, la inteligencia artificial es un poderoso medio para elevar la productividad y la apropiación de ganancias extraordinarias de algunos capitales individuales. En el capitalismo contemporáneo, caracterizado por la extrema centralización y un bajo dinamismo, incluso tecnologías tan potentes como la inteligencia artificial se aplican de manera parcial y fragmentaria, con lo cual tienden a reorganizar de manera polarizada los procesos de producción y a conformar “islotos” de alta productividad y apropiación de ganancias extraordinarias al lado de una mayoría de empresas poco productivas y con baja rentabilidad.

Las condiciones actuales de la reproducción capitalista, en conjunción con las características de la adopción concentrada y heterogénea de la inteligencia artificial, hacen que su capacidad para reorganizar el conjunto de los procesos de reproducción y para relanzar de manera dinámica la acumulación en el sistema sea incierta. Que ello ocurra o no dependerá de que se liquide el exceso de capital que aqueja crónicamente al capitalismo desde hace décadas; de las aplicaciones particulares de la inteligencia artificial en los distintos momentos de la reproducción social; del tiempo de gestación y difusión masiva de sus aplicaciones más “maduras”; del grado y profundidad de su implementación por los capitales; de la medida en que potencie la fuerza productiva del trabajo y eleve el grado de explotación de la clase trabajadora; de la medida en que expulse a los trabajadores de los procesos de producción y circulación; de cuánto reduzca los tiempos y los costos de circulación; de que origine o no, y con qué extensión, actividades económicas enteramente nuevas que sirvan como nuevos espacios

para la acumulación; de la medida en que la competencia y la centralización del capital resultantes de su implementación conduzcan a la destrucción y desvalorización de capital; de que produzca un abaratamiento de los elementos del capital constante; entre otros. Otro elemento relevante a considerar es la acción estatal, que mediante la inversión en infraestructuras, el financiamiento masivo a la innovación, etc., puede desmontar algunos obstáculos para la adopción de las nuevas tecnologías y abrir caminos para su generalización.¹⁹

La adopción de la inteligencia artificial es un proceso en curso, que se encuentra en una etapa temprana. Aun cuando actualmente el impacto de la inteligencia artificial es acotado, eventuales cambios podrían provocar una revolución productiva de mayor escala. A ello hay que añadir que el paso de una onda larga depresiva a una onda larga expansiva no depende únicamente de factores tecnológicos, sino de otros procesos, entre los cuales ocupa un lugar preponderante la relación de fuerza entre las clases. La enorme plasticidad del capitalismo como sistema histórico, así como su capacidad para superar sus límites, obligan a ser cautos y a pensar que cualquier respuesta en relación a la posibilidad del relanzamiento de la rentabilidad y la acumulación que tenga su base tecnológica en la inteligencia artificial es provisional.

Bibliografía

Agrawal, Ajay, Joshua Gans y Avi Goldfarb (2018), *Prediction Machines. The Simple Economics of Artificial Intelligence*, Cambridge, MA, Harvard Review Business Review Press.

¹⁹ Un ejemplo notable en ese sentido es el impulso a la supercomputación por parte del estado japonés en la década de 1980. Actualmente, el impulso a la inteligencia artificial por el estado chino podría tener un rol similar.

- Bringsjord, Selmer y Naveen Sundar Govindarajulu (2019), “Artificial Intelligence”, Edward N. Zalta (ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, Stanford, Stanford University, <https://plato.stanford.edu/entries/artificial-intelligence/>.
- Brynjolfsson, Erik y Andrew McAfee (2014), *The Second Machine Age: Work, Progress, and Prosperity in a Time of Brilliant Technologies*, Nueva York, W. W. Norton.
- Brynjolfsson, Erik y Georgios Petropoulos (2021), “The Coming Productivity Boom”, *MIT Technology Review*, 10 de junio, <https://www.technologyreview.com/2021/06/10/1026008/the-coming-productivity-boom/>.
- Brynjolfsson, Erik, Daniel Rock and Chad Syverson (2017), “Artificial Intelligence and the Modern Productivity Paradox: A Clash of Expectations and Statistics”, *NBER Working Paper Series*, Working Paper 24001, Cambridge, MA, National Bureau of Economic Research, November, https://www.nber.org/system/files/working_papers/w24001/w24001.pdf.
- Buchanan, Bruce G. (2006), “A (very) brief history of artificial intelligence”, *AI Magazine*, vol. 26, núm. 4, pp. 53-60.
- Ceceña, Ana Esther (1990), “Sobre las diferentes modalidades de internacionalización del capital”, *Problemas del desarrollo. Revista latinoamericana de economía*, vol. XXI, núm. 81, IIEC-UNAM, abril-junio, pp. 15-40.
- Ceceña, Ana Esther (1995), “El núcleo estratégico de la producción y las relaciones Estado-mercado”, en *La internacionalización del capital y sus fronteras tecnológicas*, México, El Caballito.
- Ceceña, Ana Esther (1998a), “Superioridad tecnológica, competencia y hegemonía”, en *La tecnología como instrumento de poder*, México, IIEC-DGAPA-El Caballito.
- Ceceña, Ana Esther (1998b), “Proceso de automatización y creación de equivalentes generales tecnológicos”, en *La tecnología como instrumento de poder*, México, IIEC-DGAPA-El Caballito.

- Ceceña, Ana Esther, Leticia Palma y Édgar Amador (1995), “La electroinformática: núcleo y vanguardia del desarrollo de las fuerzas productivas”, en *Producción estratégica y hegemonía mundial*, Siglo XXI, México.
- Comisión económica para América Latina y el Caribe (Cepal) (2021), *Estudio económico de América Latina y el Caribe*, Santiago, Cepal.
- Echeverría, Bolívar (2005), “‘Renta tecnológica’ y capitalismo histórico”, en *Mundo Siglo XXI*, vol. I, núm. 2, pp. 17-20.
- Gordon, Robert J. (2016), *The Rise and Fall of American Growth: The U.S. Standard of Living since the Civil War*, Nueva York, Princeton University Press.
- Gorz, André (2009 [1973]), “La ideología social del automóvil”, en *Letras Libres*, núm. 132, diciembre, pp. 14-19, https://letraslibres.com/wp-content/uploads/2016/05/pdf_art_14232_12591.pdf.
- Harvey, David (2016), *Guía de El capital de Marx. Libro segundo*, Madrid, Akal.
- Husson, Michel (2021), “Robotización, productividad y covid-19”, *VientoSur*, núm. 73, 1 de enero, <https://vientosur.info/robotizacion-productividad-y-covid-19/>.
- Kaplan, Andreas y Michael Haenlein (2019), “Siri, Siri, in My Hand: Who’s the Fairest in the Land? On the Interpretations, Illustrations, and Implications of Artificial Intelligence”, *Business Horizons*, núm. 62, pp. 15-25, Indiana University, Elsevier, <https://doi.org/10.1016/j.bushor.2018.08.004>.
- Lee, Kai-Fu (2018), *AI Superpowers: China, Silicon Valley, and the New World Order*, Boston, Houghton Mifflin Harcourt Publishing.
- Mandel, Ernest (1979), *El capitalismo tardío*, México, Era.
- Mandel, Ernest (1986), *Las ondas largas del desarrollo capitalista*, Madrid, Siglo XXI.
- Mandel, Ernest (2005), *El capital. Cien años de controversias en torno a la obra de Karl Marx*, México, Siglo XXI.
- Marx, Karl (2011), *El capital*, t. I, vol. I, México, Siglo XXI.

- Marx, Karl (2016), *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, vol. 2, México, Siglo XXI.
- McCarthy, John, Marvin Minsky, Nathaniel Rochester y Claude E. Shannon (1955), “A proposal for the Dartmouth Summer Research Project on Artificial Intelligence”, <http://www-formal.stanford.edu/jmc/history/dartmouth/dartmouth>.
- McKinsey Global Institute (2017), *Making it in America: Revitalizing the US manufacturing*, noviembre, <https://www.mckinsey.com/~media/McKinsey/Featured%20Insights/Americas/Making%20it%20in%20America%20Revitalizing%20US%20manufacturing/Making-it-in-America-Revitalizing-US-manufacturing-Executive-Summary.pdf>.
- Minsky, Marvin (ed.) (1968), *Semantic Information Processing*, Cambridge, MA, MIT Press.
- Ng, Andrew (2022), *Eye on A.I.* [episodio de podcast], <https://open.spotify.com/episode/0Io6UdvlVUQr6H3pzTLRFb?si=c0be637b3cf043cf>.
- Reyes, Cristóbal (2021), “Dependencia tecnológica, corporaciones transnacionales e inteligencia artificial en América Latina”, tesis para obtener el grado de Maestro en Estudios Latinoamericanos por la UNAM, México, el autor.
- Rivera Ríos, Miguel Ángel, José Benjamín Lujano y Josué García Veiga (2019), “Present and Future in the Mirror of the Past: Capitalist Dynamics, Digital Technology and Industry in the Fifth Kondratiev”, *World Review of Political Economy*, vol. 10, núm. 4, invierno, pp. 449-483. <https://www.jstor.org/stable/10.13169/worldreviewpoliecon.10.4.0449?seq=1>.
- Sadin, Éric (2017), *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*, Buenos Aires, Caja Negra.
- Sadin, Éric (2018), *La silicolonización del mundo. La irresistible expansión del liberalismo digital*, Buenos Aires, Caja Negra.

- Sadowski, Jathan (2020), *Too Smart. How Digital Capitalism Is Extracting Data, Controlling Our Lives, and Taking Over the World*, Cambridge, MA, MIT Press.
- Schwab, Klaus (2015), “The Fourth Industrial Revolution. What it Means and How to Respond”, *Foreign Affairs*, Council on Foreign Relations, Nueva York, 12 de diciembre, <https://www.foreignaffairs.com/articles/2015-12-12/fourth-industrial-revolution>.
- Sejnowski, Terrence J. (2018), *The Deep Learning Revolution*, Cambridge, MA, MIT Press.
- Taddy, Matt (2018), “The Technological Elements of Artificial Intelligence”, *NBER Working Paper Series*, Working Paper 24301, Cambridge, MA, National Bureau of Economic Research, <https://www.nber.org/papers/w24301>.
- The Economist (2016), “Technology. From not Working to Neural Networking. The Artificial-intelligence Boom is Based on an Old Idea, But With a Modern Twist”, *The Economist*, Londres, 25 de junio, <http://www.economist.com/news/special-report/21700756-artificial-intelligence-boom-based-old-idea-modern-twist-not>.
- The Economist (2017), “Tech Firms Hoard Huge Cash Piles. Their Excuses for Doing so don't Add Up”, *The Economist*, Londres, 3 de junio, <https://www.economist.com/business/2017/06/03/tech-firms-hoard-huge-cash-piles>.
- Trajtenberg, Manuel (2018), “AI as the Next GPT: A Political Economy Perspective”, *NBER Working Paper Series*, Working Paper 24245, Cambridge (MA), <https://www.nber.org/papers/w24245.pdf>.
- Zuboff, Shoshana (2019), *The Age of Surveillance Capitalism. The Fight for a Human Future at the New Frontier of Power*, Nueva York, Public Affairs.

EN SÍNTESIS

En esta sección se presentan los resultados del trabajo de síntesis bibliográfica del LET.

Las fichas completas se encuentran en la página del LET.

*Amelia Galdámez**

En esta entrega, se presenta un panorama sobre la situación del ambiente a partir de perspectivas transdisciplinarias que aportan medidas acerca de la catástrofe ambiental y trazan los escenarios posibles para el futuro de corto y mediano plazo.

La destrucción del ambiente se profundiza

En 2021, se alcanzó un récord histórico de la concentración de partículas de dióxido de carbono en la atmósfera. En su informe, el Grupo II de trabajo del Panel intergubernamental de expertos sobre cambio climático (IPCC, por sus siglas en inglés) afirma que, de continuar la presente lógica de crecimiento, para 2100 la temperatura aumentará 4.4°C respecto a los niveles preindustriales (<http://let.iiec.unam.mx/node/4170>).

Por su parte, las corporaciones juegan un papel doble en la política climática: en primer lugar, son los principales agentes en la generación de emisiones de gases de efecto invernadero (GEI) en la economía global; en segundo lugar, también se les considera la mejor esperanza para reducir las emisiones a través de la innovación tecnológica. No obstante, las soluciones tecnológicas del capitalismo verde, que prometen desacoplar el crecimiento de las emisiones, son inútiles. Desde 1990 se rebasó la cifra segura de 350 ppm de concentración de partículas de dióxido de carbono en

* Estudiante de ciencias de la tierra en la UNAM. Correo electrónico: ameliagama@ciencias.unam.mx.

la atmósfera y en 2021 alcanzó 419.13 ppm (<http://let.iiec.unam.mx/node/4170>). En este sentido, el discurso neoliberal plantea que el mercado y las iniciativas de las corporaciones son los únicos medios para lidiar con la crisis; sin embargo, la amenaza de la destrucción del ambiente está conectada de forma directa con la expansión del capitalismo global. Como ejemplo de lo anterior, las corporaciones y la industria fósil producen el agotamiento de los recursos naturales para impulsar la expansión económica, y de esa manera, contribuyen a aumentar las emisiones totales de GEI, que crecieron 2% entre 2008 y 2013 (<http://let.iiec.unam.mx/node/3724>).

A pesar de que el trabajo de los científicos se ha ampliado hacia la investigación de las causas sociales, impactos y riesgos del cambio climático, así como la mejora en la comunicación científica, los gobiernos continúan siendo negligentes ante la evidente urgencia de la acción climática. Esta es la tragedia de la ciencia del cambio climático: la compulsión a seguir investigando cuando se rompe el contrato entre ciencia y sociedad. La tragedia consiste en continuar con la investigación científica, cuando el problema es político (<http://let.iiec.unam.mx/node/4132>). En este sentido, no se puede pasar por alto la responsabilidad diferenciada y la desigualdad en términos de vulnerabilidad. Los países industrializados son más responsables de las emisiones de GEI, y los países en vías de desarrollo son más vulnerables a los riesgos del cambio climático. Entre 2010 y 2020, las sequías, inundaciones y tormentas mataron a 15 veces más personas en los países altamente vulnerables, incluidos los de África y Asia, que en los países más ricos (<http://let.iiec.unam.mx/node/4110>).

Por otro lado, el cambio climático es un problema frecuentemente atribuido al Sur global superpoblado, no obstante, la deuda climática es un caso especial de la justicia ambiental, donde los países industrializados han sobreexplotado su “espacio ambiental” en el pasado, por lo que han tenido que pedir prestado a los países en

desarrollo para acumular riqueza y deudas ecológicas como resultado de este consumo excesivo histórico. La deuda climática que el Norte global tiene con el Sur global se debe principalmente a la extracción y consumo insostenibles de combustibles fósiles, actividades exponencialmente potenciadas a partir de la era industrial (<http://let.iiec.unam.mx/node/2902>).

La deuda climática también implica una contraparte crítica, en tanto este concepto legitima y refuerza el discurso climático que asegura que el Sur global es absorbido por una agenda social y ambiental iniciada y controlada por el Norte global. Esta propuesta se resume en términos de seguridad nacional desplegada a través de discursos militaristas (<http://let.iiec.unam.mx/node/2902>). En lo que concierne a la relación crisis climática-conflicto social podemos encontrar que, desde 1973, en la mayoría de las ocasiones las guerras estuvieron determinadas por la explotación de combustibles fósiles (entre 25 y 50% de los conflictos militares desde la crisis de 1973 estuvieron relacionados con el petróleo, y en 2022, 66% de las misiones militares de Unión Europea estuvieron vinculadas a la extracción de combustibles fósiles (<http://let.iiec.unam.mx/node/4201>). Sin embargo, erradicar el uso de energías fósiles es una tarea complicada para los países debido a la militarización apoyada por el capitalismo global en respuesta a la crisis climática. En 2020 el presupuesto mundial para fuerzas armadas fue de mil 981 millones de dólares, del cual Estados Unidos concentró 38% (<http://let.iiec.unam.mx/node/4202>). Dichos recursos garantizan la continuidad del uso de combustibles fósiles en escala global.

En este tenor, la destrucción del ambiente es abordada como asunto de seguridad nacional por Estados Unidos y las principales potencias europeas, como subterfugio para incrementar el militarismo en una época de crisis climática a nivel mundial. Desde 2008, la industria de la seguridad nacional ha crecido 5% anual a pesar de la

crisis mundial (<http://let.iiec.unam.mx/node/1293>). Estos presupuestos financiaron respuestas militarizadas, en lugar de permitir la creación de programas de mitigación y resiliencia: el gasto militar de Estados Unidos en 2020 fue de 756 mil millones de dólares; en cambio, el presupuesto federal para eficiencia energética y energía renovable fue de solo 2 mil 700 millones de dólares (<http://let.iiec.unam.mx/node/3305>). En ese sentido, Estados Unidos se interesa en los efectos de la destrucción del ambiente en ciertas regiones del mundo, ya que esta situación reafirma la entrada estratégica de los militares en todos los lugares y espacios: dicha destrucción se construye como omnisciente y enemiga de todos, caracterizada como un multiplicador de conflictos (<http://let.iiec.unam.mx/node/2902>).

Bajo la premisa de que la amenaza del cambio climático tiene el potencial de generar conflictos armados, las agencias de defensa establecen un vínculo directo entre la inestabilidad climática y la inestabilidad política. Estas cuestiones fueron debatidas en el Consejo de seguridad de Naciones unidas en abril de 2007, con el argumento de que el cambio climático exacerbaría los problemas de seguridad en seis áreas: disputas fronterizas, migración, suministro de energía, escasez de recursos, estrés social y crisis humanitaria (<http://let.iiec.unam.mx/node/2539>). Cabe resaltar que las estrategias de “seguridad climática” están consiguiendo perpetuar el estado actual de la industria de combustibles fósiles en lugar de combatir el cambio climático y que esto produce un bucle que retroalimenta la militarización y la contaminación. El principal impacto ambiental de las operaciones militares son los materiales altamente tóxicos y contaminantes que usa para la elaboración de explosivos y misiles, como ciclotrimetilentrinitramina, perclorato de amonio, trinitrotolueno; éstos se disuelven fácilmente, por lo que contaminan el agua y la tierra, además de ser tóxicos para los seres vivos (<http://let.iiec.unam.mx/node/4202>).

La retórica militarista recurre a una doble falacia. La primera afirma que la crisis climática causa conflictos sociales, y la segunda es que estos conflictos justifican la intervención militar. No obstante, la militarización solo puede perpetuar las condiciones actuales de desigualdad social, crisis climática, falta de democracia y aumento de los conflictos bélicos (<http://let.iiec.unam.mx/node/4201>). Así, parece haber una creciente militarización de las respuestas frente al cambio climático y la extensión de “miedo climático” a “terror climático” en el sector de defensa militar. En este tenor, existen escenarios altamente alarmistas en los que la inestabilidad política inducida por el cambio climático se utiliza como pretexto para continuar la guerra contra el terror (<http://let.iiec.unam.mx/node/2902>).

El clima, como una forma de seguridad ambiental, generalmente se ve como un “multiplicador de amenazas”, en lugar de una amenaza básica o fundamental. Se estima que en el mundo la probabilidad de que una persona sea desplazada a causa de problemas ambientales es mayor en comparación a que lo sea por la guerra: de acuerdo con el Centro de monitoreo de desplazamientos internos, entre 2008 y 2015, un promedio de 21.5 millones de personas fueron desplazadas anualmente por el impacto y la amenaza de los peligros relacionados con el ambiente (<http://let.iiec.unam.mx/node/3305>). Bajo el supuesto de que el cambio climático es un multiplicador de amenazas, se afirma que puede exacerbar tensiones existentes entre estados nacionales, y que los estados-nación deben proteger sus fronteras de los refugiados climáticos expulsados de la periferia global (<http://let.iiec.unam.mx/node/2902>).

En suma, el miedo a la destrucción del ambiente, a las crisis económicas, a las migraciones masivas, etc. se traducen en otras tantas justificaciones para la prepara-

ción militar. El miedo, por tanto, es la principal estrategia de mercadeo para la industria militar (<http://let.iiec.unam.mx/node/3616>). En el informe del Pentágono “An Abrupt Climate Change Scenario and Its Implications for United States National Security” (2003), se declara que ante la crisis climática “es probable que Estados Unidos y Australia construyan fortalezas defensivas alrededor de sus fronteras” (<http://let.iiec.unam.mx/node/3305>). Aunado a ello, la política del cambio climático es particularmente utilizada por los militares de todo el mundo para ampliar su alcance político (<http://let.iiec.unam.mx/node/2902>). Guatemala, Honduras y El Salvador son caracterizadas como “zonas cero” del cambio climático; es decir, son territorios que presentan altos índices de riesgo y vulnerabilidad ante desastres naturales, pero también son relevantes en ellas, la violencia y la pobreza aguda, circunstancias en las cuales la intervención de Estados Unidos tiene mucho que ver (<http://let.iiec.unam.mx/node/3305>).

Ante la inestabilidad planetaria provocada por la destrucción del ambiente, es urgente que este proceso se entienda como una emergencia global, y no solo como un asunto de seguridad nacional, pues no necesita ser atendido a través de la militarización sino mediante la cooperación y la solidaridad global (<http://let.iiec.unam.mx/node/3305>). La humanidad puede adaptarse mediante la creación de redes complejas de interacciones sociales, que implican un amplio rango de experiencias sociales. Así, dentro de la combinación de las variables que intervienen, el cambio climático es un factor potente para determinar el destino de las sociedades, y en algunos casos, puede servir como una pieza esencial para explicar el conflicto (<http://let.iiec.unam.mx/node/2539>).

Para profundizar en estas problemáticas, invitamos a l@s lectorxs a revisar las publicaciones del sitio LET.